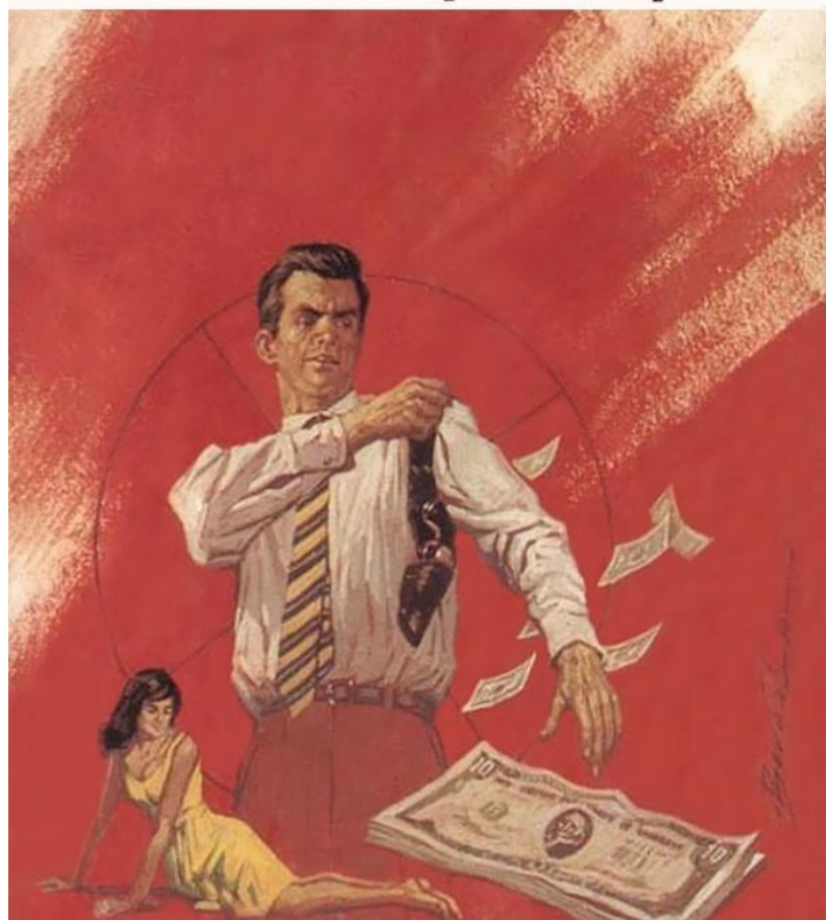


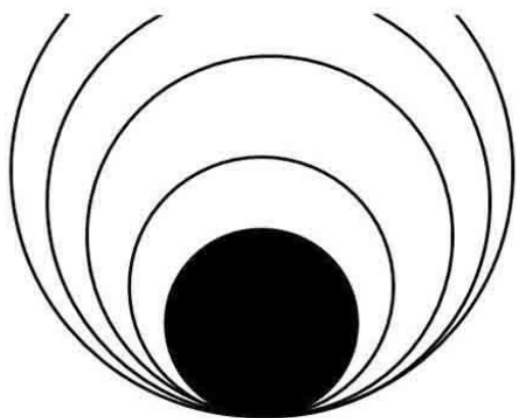
BOLSILIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

**¿LE APETECEN
UNOS MILLONES
DE DOLARES?**

Ralph Barby





PUNTO ROJO



RALPH BARBY

**¿LE APETECEN
UNOS MILLONES
DE DOLARES?**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 986
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 767 - 1981

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: marzo, 1981

© Ralph Barby - 1981

texto

© Antonio Bernal - 1981

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) - Barcelona - 1981

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección COLORADO:

838. —La larga espera de la muerte.

En Colección KANSAS:

734. —El comisario rebelde.

En Colección CALIFORNIA:

881. —Buscando a un tramposo.

En Colección BRAVO OESTE:

585. —«Colt» a sueldo fijo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.596. —Chantaje entre tiburones.

En Colección SALVAJE TEXAS:

1.296. —La redención de un pistolero.

En Colección PUNTO ROJO:

937. —Agonía de un millonario.

En Colección ASES DEL OESTE:

647. —Los torturados de Nogan.

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.351. —Los rebeldes del pañuelo rojo.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

120. —La matanza del paso de Trout-Creek.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

85. —Una bala para un «Colt».

CAPÍTULO PRIMERO

La fiesta que se celebraba en los locales de la redacción de la revista *News-Holliday* había rebasado ya el cénit de su algarabía; parecía que la mayoría había tomado ya alguna copa de más. Volaban los gorros de papel y las serpentinas.

Un redactor de segunda runruneó algo al oído de una compañera de trabajo, célebre por su carácter agrio.

La jefe de archivos removió sus posaderas como una gallina sacudiendo las plumas de la cola. El redactor de segunda apartó ligeramente el vestido femenino, por la espalda.

—¿Qué haces? —preguntó ella, con sofoco en sus mejillas redondas y coloradas.

—Nadie ve mi mano ni tu espalda —musitó él, y entre vestido y espalda le metió un pedazo de tarta de crema y nata.

—¡Ah!

El aplastó la tarta con la mano y ésta se escurrió, más que nada a causa de la temperatura femenina.

—¿Qué has hecho, cerdo?

—Ji, ji, se van a creer que es otra cosa —le dijo, maligno, esperando a ver cómo por el extremo inferior del vestido escapaba la tarta deshecha.

—¡Te acordarás de esto! —Y le soltó una bofetada que no encontró la cara del hombre sino el bidoncito de cristal que contenía el agua potable.

Había bromas y conversaciones para todos los gustos.

Las inhibiciones habían desaparecido, arrastradas por el *whisky*, la tarta y la alegría forzada de unos hombres que diariamente se veían obligados a trabajar de forma agotadora.

—¡Setenta y cinco aniversario del *News-Holliday*! —gritó alguien subido sobre una mesa, con una gran botella de champaña en una mano y una copa en la otra.

De pronto, se llevó una mano al corazón, puso una mueca de dolor en su rostro y se vino abajo.

Alguien preguntó:

—¿Qué le ha pasado al viejo Fred?

—Un infarto, es el cuarto que tiene —respondió otro.

—¿Se va a morir? —preguntó un joven que estaba cerca de una puerta que no conducía a ninguna parte.

—Qué va, ése nos entierra a todos; pero si no se convierte en el protagonista de la fiesta, revienta. Lo que quiere es que le lleven chucherías a la clínica.

—¡Que reviente el viejo Fred! —gritó alguien antes de beberse medio vaso de *whisky* a costa de la empresa que sufragaba aquella fiesta por el setenta y cinco aniversario de la fundación de la revista.

—¿Puedo acompañarte a alguna parte?

Elsa Adamson se quedó mirando al hombre. Era joven, alto, se veía nervudo. No usaba chaqueta, sino un jersey y una camisa sin corbata. En su rostro lucía una ligera barba que le daba algo de seriedad e intelectualidad.

—Tú eres Max, ¿verdad?

El hombre sonrió ligeramente, tenía los dientes blancos y bien formados.

—Sí, y tú, Elsa, la secretaria del gran jefe Warlon.

—Max, el articulista de viajes.

Siguió mirándolo con fijeza, con mucha atención, como si lo analizara en cada uno de sus detalles. En otro momento quizás no se hubiera atrevido a observarlo de aquella forma, pero la fiesta quitaba inhibiciones.

—Dicen que eres un buen escritor y que algún día te darán el Pulitzer.

—Quizá; también podría llegar a presidente.

—¿De los Estados Unidos?

—¡Oh, no, para eso no me he presentado!

—¿Para qué, entonces?

—Presidente y dictador de mi propia libertad.

—¿Tan difícil es ser libre?

—Demasiado. Es la causa por la que han muerto más seres humanos a lo largo de la historia.

—Demasiado profundo para una fiesta de aniversario, Max.

—Yo ya no me divierto. Insisto, ¿quieres que te lleve a alguna parte?

—Sí, yo tampoco me divierto ya. Me temo que si continúo aquí acabaré encontrando manos por todas partes. Los reprimidos que trabajan fijos en la redacción, en fiestas así suelen propasarse un poco y luego, al día siguiente, a guiñar los ojos para que nadie olvide sus aventuras.

—Sí es posible. ¿Para qué, si no, celebrar entonces las fiestas de aniversario? Una dosis de propaganda hacia el exterior, para que todos se enteren de que la revista existe, de que tiene éxito y lleva ya muchos años saliendo a la calle; otra dosis para liberar los instintos orgiásticos de los esclavos de la redacción y otra dosis para demostrar que la empresa aún vela por sus esclavos y hasta tiene alma.

—Vamos. Yo, como ya previa alguna copa de más, no he traído mi coche.

—¿Taxi?

—Sí, he venido en taxi. ¿Tú tienes coche?

—Sí está en el *parking*.

—Vamos entonces.

Se marcharon sin despedirse. Algunas manos seguían alargándose y una secretaria, con más bebida en su cuerpo de lo que era habitual, había perdido ya sus bragas. Cuatro hombres en torno a ella, con las manos a la espalda, le preguntaban:

—¿Quién de nosotros las tiene, quién de nosotros las tiene?

El sonido monótono del ascensor ahogó el rumor de la música y las voces de la fiesta.

Elsa cogió el rostro de Max, se alzó sobre las puntas de sus zapatos y lo besó en los labios.

El hombre aceptó la caricia y participó de ella sin violencia sensual. Cuando la joven consideró terminado el beso, apartó su rostro, pero las manos del hombre la mantuvieron cogida por la cintura.

—¿Besas igual a todos los hombres?

—Eloy es el setenta y cinco aniversario, esto no se volverá a repetir.

—Qué pena.

El ascensor se detuvo en la segunda planta de estacionamiento.

—¿Cuál es tu coche? —inquirió Elsa, alzando la solapa de su gabardina; había tenido un estremecimiento de frío.

—Aquel amarillo.

—Hum, no es un modelo muy nuevo.

—No, no lo es. Suelo viajar mucho y prefiero comprar coches de segunda mano, usarlos y venderlos otra vez. El propietario de la agencia de ventas de coches usados es amigo mío, sabe cuáles son mis preferencias y nos entendemos.

—Es cierto, no es lo mismo vivir fijo en una ciudad que andar viajando por el mundo.

Subieron al vehículo y después de hacerlo retroceder, enfiló hacia la salida.

La noche era cerrada pero agradable, pese a que la temperatura resultaba algo baja.

—¿Adónde quieres que te lleve?

—A mi casa.

—¿Vives sola?

Ella le miró con cierta intensidad pese a la escasez de luz; él no decía nada, esperaba la respuesta de la muchacha.

—Sí.

—¿Y dónde es?

—¿Conoces la urbanización Petirrojos?

—No.

—Está como a treinta minutos de carretera.

—¿Treinta?

—Sí.

—Procuraré hacer el recorrido en menos.

—Ya te iré indicando.

—De acuerdo, no tengo prisa.

—A lo mejor crees que has hecho una conquista fácil —le observó ella, irónica.

—No, sólo trato de que te ahorres el taxi de vuelta a casa. Por cierto, ¿los Petirrojos no es uno de esos lugares con cottages tranquilos, árboles añosos dándoles sombra y rumor de hojas al viento?

—¿Tratas de escribir un artículo literario?

—Nunca se sabe dónde puede surgir la inspiración, claro que la

mayoría de los escritores la han encontrado en la cama.

—¿Durmiendo?

—No, amando a una mujer.

—Hum... Tú habrás amado a muchas, ¿no?

—Soy escritor de profesión, no lover. Verás, Elsa...

—¿Sí?

—Me he dado cuenta de que eres la única chica inteligente de la fiesta.

—Siendo la única, pudiera ser que no fuera muy inteligente.

—Además, eres bonita y sensual. ¿Te parece poco?

—A mí, no. ¿Y a ti?

—Mucho, pero será mejor que responda mañana.

—¿Por qué mañana? —preguntó ella, burlona.

—Antes de dar la calificación final, necesito saber qué tal preparas los desayunos. Te advierto que una naranjada natural con huevos fritos y bacon, con tostada de maíz...

—Añade una hamburguesa de cebolla y mantequilla natural.

—Bueno, tampoco hay que pasarse.

Siguieron bromeando mientras Elsa le daba indicaciones de por dónde debía circular hasta llegar a la urbanización Petirrojos que estaba más allá de los suburbios de la gran ciudad.

—Entra a la derecha.

Obedeció y el automóvil se filtró por una entrada con un rótulo que advertía que era privada para los habitantes de la urbanización.

—¿De qué sirve el letrero, si puede entrar cualquiera? —preguntó Max.

—No lo creas, hay guarda. Cada coche que entra queda controlado por un fichero electrónico, hay control por televisión y si sucede algo anormal, sale el guarda a ver qué pasa y al mismo tiempo avisa a la policía.

—Eso está bien para dormir tranquilos.

—Sí, hay muchos asaltos y creo que un sueño tranquilo es algo importante que se debe respetar.

—Tú dirás por qué calle enfilo.

Elsa le señaló la dirección para arribar al pequeño cottage individual, rodeado de árboles como todos los que allí había.

—La cuarta es mi casa.

Los faros del automóvil amarillo de Max la iluminaron.

—¿Tu coche es ese verde?

—Sí.

Max subió su automóvil hasta la entrada para no estorbar a otros vehículos que pasaran.

—Creo que tienes visita.

—¿Visita?

—Sí hay un hombre sentado junto a la puerta.

—Qué raro.

—¿No esperabas a nadie?

—No.

—Iré yo a ver.

—No, no, iré yo, no tengo miedo.

—Te acompañaré, de todos modos.

Elsa se apeó del coche haciendo ruido con la puerta. La farola que tenía en la acera daba suficiente luz.

—¿Eres tú, Elsa?

—¡Papá!

El hombre trató de ponerse en pie y tuvo dificultades. Su voz evidenciaba un consumo excesivo de bebidas alcohólicas.

—Necesitaba dormir, ¿sabes? Tengo que dormir un poco y me he dicho, ¿dónde mejor que en casa de mi hija? Un taxi me ha traído hasta aquí y me ha dejado sin fondos, hija, sin fondos. Tú no estabas pero he visto tu coche y he pensado que ya volverías.

—Papá, ¿cómo estás?

—Bien, bien, un poco mareado. Últimamente no como mucho, ¿sabes? Me siento algo débil.

—Lo que estás es bebido, papá. ¿Quieres que te lleve a una clínica?

—No, no, se acabó el beber.

—Eso ya lo has dicho otras veces, papá —se lamentó la muchacha con actitud de cansancio.

Abrió la puerta con un llavín y encendió luces en el interior de la vivienda.

—Vamos, amigo —le dijo Max, cargándoselo casi sobre el hombro por el brazo y entrándolo en el cottage que tenía una sala cómoda y confortable, sin vestíbulo previo.

—Eh, ¿tú quién eres? Elsa, Elsa, ¿te has casado sin decírselo a tu padre?

—Papá, por favor, no hables más.

—¿Lo ves, muchacho? Tu propia hija acaba diciéndote que cierres el pico, precisamente a mí a J.

J. Adamson.

—¿J. J. Adamson? —repitió Max.

—Sí. ¿Has oído hablar de mí?

—Claro. Usted escribió los artículos que denunciaban el fraude de la carne, ¿verdad? Y también la inmigración clandestina por una falsa factoría de cartonajes.

—Elsa, Elsa... ¿Ves cómo no soy un desconocido? Precisamente has ido a dar con un tipo inteligente. Sí, es un tipo inteligente, que sabe apreciar lo bueno.

—Papá, lo tuyo se acabó. Anda, siéntate en el sofá, te prepararé un café.

—Elsa, no se acabó, tengo el mejor reportaje de mi vida, el que hará de mí un hombre nuevo —siempre hablando con vacilante voz de beodo, explicó—: Cuando se publique, será el escándalo del año, y el cerdo de Warlon me pedirá de rodillas que le firme un contrato en exclusiva por diez años...

Seremos más famosos que los del *Washington Post* con su Watergate...

—Sí papá, lo que tú digas, pero ahora toma un café cargadita pues necesitas dormir.

—Los tengo atrapados, y todo porque Granger se confesó con la furcia, se fue de la lengua en las tetas de la Nurse...

—¿La Nurse? —preguntó burlón Max.

—La Nurse es la furcia más guapa de Red Chair.

—¿Y usted la conoce bien?

—Claro que sí. Ptssss —pidió silencio poniéndose el dedo en los labios—. No lo digas, no vaya a oírlo Elsa. No le gustaría, pero yo no soy de piedra y me siento muy solo. ¿Sabes qué me dieron la patada en el *News Holliday*?

—Sé que usted escribió unos buenos reportajes en el *News Holliday*.

—Muchacho, tú sí que eres inteligente. ¿Quieres, quieres un pitillo? —ofreció rebuscándose en sus bolsillos.

—Tenga.

Max le tendió un paquete ya comenzado para que cogiera.

—Ah, gracias, te cojo uno —dijo, invirtiendo la situación. La estancia olía ya a café.

—Tuve que decirle a Elsa que me iba a otra revista donde me pagarían mucho mejor. Lo hice para que ella no perdiera el buen empleo que tiene, cochino empleo... Haré arrodillar a Warlon. Tengo el mejor reportaje. La revista se venderá como palomitas de maíz.

—Sí, claro —asintió Max, viéndolo muy bebido cuando Elsa ya se acercaba con el café.

—Max, traigo una taza para ti.

—La tomaré y después me marcharé; tu padre ha de dormir.

—Gracias por comprenderlo.

—Elsa, tu amigo vale mucho mucho...

Poco después, Max salía del cottage.

Antes de que Elsa cerrara la puerta, la besó en los labios.

Ella le dejó, pues sabía de antemano que el beso iba a ser corto, que no iba a ser un beso apasionado, sino un beso cargado de futuro, amigable también.

—Nos veremos, Max, y muchas gracias por tu ayuda.

—¡Elsa, Elsa!

—Sí, papá.

—¡Será el escándalo del año! Tengo el mejor reportaje, el reportaje que será el escándalo del año... El *News Holliday* se venderá con mis reportajes como palomitas de maíz, pero si el cochino de Warlon no me paga bien, me iré a otra revista. ¿Lo has oído, Elsa?

—Sí, papá. Anda, tómate el café.

—Está bueno, sí muy bueno. Ya verás qué reportaje. Las verdades que denuncia harán saltar las tapas de los sepulcros blanqueados.

CAPÍTULO II

Las oficinas de la redacción del *News-Holliday* estaban en efervescencia como era normal en ellas.

Puertas que se abrían y cerraban, teclear de máquinas de escribir, eléctricas y manuales. Los teletipos no cesaban de proporcionar noticias.

Aspirantes a periodistas, meritorios de los medios de comunicación, preparaban las noticias de los teletipos para entregarlas a sus superiores y que éstos hicieran la criba necesaria.

Gente que solicitaba ser recibida, colaboradores que pedían sus honorarios, teléfonos que repiqueteaban insistentes como si estuvieran a punto de dar la noticia de que iba a estallar una tercera guerra mundial...

Hombres en mangas de camisa, mujeres fumando nerviosas, comprobando datos. Ilusiones, imprecaciones, decepciones, todo se entremezclaba en aquella redacción que vivía para proporcionar a sus lectores las mejores noticias que se producían en el mundo.

—¡No, no y no! —Gruñó Warlon.

—Es que lo están pidiendo —insistía el jefe de caja.

—Muy bien, pero los pagos, la semana que viene; que se esperen. La cifra de lectores ha descendido, los costes del papel suben, los salarios se incrementan...

El jefe de caja torció el gesto. Cuando abandonó el despacho del gran jefe Warlon, como solían llamarle, masculló por lo bajo:

—Siempre la misma historia, no hay liquidez de dinero... ¡Bah!

Uno de los dos teléfonos que Elsa tenía sobre su mesa sonó estridente.

Lo cogió mecánicamente; sin verlo, sabía cuál de los dos estaba sonando.

—¿Sí?

—¿Elsa Adamson?

—Yo misma.

—Haga el favor de pasar por la Morgue.

—¿La Morgue, dice, es una broma de mal gusto?

—Señorita Adamson, soy el sargento Brinner de la Metropolitana, la estaré esperando.

—Oiga, ¿de qué se trata?

—De su padre, señorita. Hubiera preferido decírselo de otra forma.

Al poco, cogía el bolso y abría el dictáfono para hablar con el gran jefe Warlon.

—¿Qué pasa, Elsa, quién quiere verme ahora? —masculló—. Estoy ocupado.

—Warlon, me voy ahora mismo.

—¿Cómo dices, que te estás fumando un «petardo»?

—Qué «petardo» ni qué... Warlon, me voy a la Morgue.

—Eh, los casos de sucesos los lleva...

—Se trata de mi padre. La policía me ha dicho que está en la Morgue.

—Ah, lo siento. Si necesitas algo.

—No, no.

—Tómate la mañana libre.

—Muy generoso —respondió Elsa, mordiente. Colgó dando un golpe.

—¿Qué te pasa, Elsa? Haces mala cara.

Se sobresaltó ligeramente. Al otro lado de su mesa, inclinado sobre ella, había un hombre que vestía jersey y lucía una barba recortada que le daba un toque humanista e intelectual; sin embargo, no perdía un ápice de su aspecto de hombre nervudo y fuerte.

—Hola, Max.

—¿Te vas?

—Sí. La policía acaba de llamarme, mi padre está en la Morgue.

—Lo siento, te acompaño.

—No hace falta.

—Te llevaré en mi coche, es mejor que tú no conduzcas.

—Está bien, gracias.

En el automóvil amarillo de Max arribaron al depósito.

Un empleado atendía a los que llegaban preguntando. La

Morgue de una gran ciudad era también un lugar donde la burocracia se hacía lenta e interminable, una burocracia a veces desesperante.

Allí no había lágrimas para el prójimo desesperado sino formularios que rellenar.

—Soy Elsa Adamson. El sargento Brinner me está esperando.

—Ah, si un momento.

Descolgó un teléfono, llamó y al poco se presentó un individuo de mediana edad. Usaba sombrero tirado hacia atrás y una cazadora de cremallera.

—¿Elsa Adamson?

—Sí, soy yo.

El sargento miró a Max, inquisitivo, y éste aclaró:

—Me llamo Max, soy compañero de la señorita.

—Bien —dijo, con el talante de quien está acostumbrado a aquellas escenas—. Se trata de que reconozca el cadáver de su padre. La verdad es que por las huellas dactilares ya hemos comprobado que es John Johnson Adamson, pero, ya sabe, los trámites deben cumplirse.

—Comprendo. ¿Cómo ha sido?

El sargento no respondió.

Les condujeron a un pasillo con largas cristaleras. A la indicación del sargento, un empleado con bata corta de color levantó la sábana que cubría el cadáver.

—Dios mío —gimió Elsa.

—Sí ha quedado muy mal después del golpe, pero todavía está reconocible.

Elsa sollozó, cuando había llegado a creer que a la muerte de su padre no había de llorar. Max la cogió por los hombros, como intentando traspasarle un poco de fuerza.

—Su coche ha irrumpido en el muelle 42 a gran velocidad. Ha saltado del atracadero y, lo increíble, se ha estrellado contra el casco de un barco carguero. Luego, ha caído al agua y del fondo del muelle lo ha tenido que sacar la grúa. No ha sido fácil, se ha tenido que mover ligeramente el barco.

—Dios mío.

—En el primer examen se le ha encontrado alcohol en la sangre, pero eso no es lo más grave.

Elsa y Max miraron al sargento. Fue Max quien preguntó, viendo que la joven secretaria de la redacción del *News-Holliday* sollozaba y carecía de aplomo y seguridad en aquellos momentos.

—¿Qué es lo peor?

—El coche era robado.

—¿Cómo? —preguntó Elsa incrédula. Dejó de llorar como si un resorte hubiera cortado bruscamente sus lágrimas.

—Sí, el coche con el que se ha estrellado era robado, lo hemos comprobado: un «Pontiac» último modelo. El propietario se estará dando a todos los diablos; ya había hecho la denuncia.

—¿Está seguro?

—Sí, hemos comprobado que la manija de la puerta había sido forzada, se notaba a simple vista. El gabinete técnico dará su informe pericial, pero es cosa de rutina. También le habían hecho el puente para el encendido electrónico. Qué idiotez, el viejo borracho, robar un coche y para matarse...

—Sargento, va a tragarse esas palabras —silabeó Max.

—¿Cómo ha dicho? —Silabeó con mirada desafiante.

—Que usted no tiene derecho a calificar nada.

—Es cierto —admitió, entre irónico y sarcástico—. Sólo tengo que levantar el informe de lo sucedido, y será el juez quien califique. Pero los hechos no van a variar porque los redacte con palabras bonitas. Por cierto, señorita, ¿tenía propiedades su padre?

—No.

—Su tarjeta de crédito estaba en números rojos, eso ya lo hemos comprobado. ¿No tenía casa ni nada?

—No.

—¿No vivía con usted?

—No. Ha pasado tiempo fuera de la ciudad.

—Tomo estos datos —dijo, apuntándolos en un bloc—. Es para la compañía de seguros. Se van a interesar por esos detalles.

—Comprendo.

—¿Algo más, sargento? —preguntó Max.

—No, no, pásese por la estación de policía dentro de una semana, y le serán entregados sus efectos personales. Hay que apurar antes la investigación. Si robó ese coche, podía haber robado otros antes.

—¡Mi padre no era un ladrón! —protestó Elsa dolida.

Max la cogió, conteniéndola.

—Usted disculpe, señorita, pero el coche en el que ha hallado la muerte, e iba solo al volante, era robado.

Veinte minutos más tarde. Elsa y Max se hallaban sentados ante la mesa de una cafetería.

La muchacha no se había repuesto, parecía trastornada, miraba sin ver.

—Soy consciente de que el dolor que sufres no se mitiga con nada, sin embargo pasarte un par de días de viaje por algún lugar hermoso, un lugar agreste, podría ser un alivio. Si observamos bien la naturaleza, ella nos enseña que sólo estamos de paso por este condenado planeta. Nacemos, vivimos, morimos, es un tránsito doloroso del principio al fin.

—Mi padre no ha sido —dijo ella de repente, como si no hubiera oído las palabras de Max.

—Nunca se pueden poner las manos en el fuego por nadie. Lo que ocurre a veces es que el amor nos ciega. Las cosas son como son y así hay que tomarlas. Es un error pensar que los malos siempre son otros, como si formaran una casta de acólitos del diablo que viven con nosotros. En cualquier momento, nosotros mismos podemos convertirnos en los malos oficiales. Determinadas circunstancias, previstas o imprevistas, pueden hacernos actuar como si fuéramos delincuentes, según la catalogación que la sociedad hace de la delincuencia, catalogación que cambia según las modas.

—Max, agradezco tu buena voluntad, pero mi padre no ha sido.

—¿Por qué tanta seguridad? Hace tres noches lo recogiste en tu casa, completamente ebrio.

—Es cierto, no puedo negar que bebía. Era alcohólico. Trató de recuperarse, se marchó a otras ciudades, perteneció a Alcohólicos Anónimos, pero como estaba frustrado profesionalmente, reincidió. Tuvo algún éxito como reportero y creyó que siempre iba a ser igual, pero no fue así quizá porque se envaneció demasiado. Bebía y luego le faltaban ideas. Terminó marchándose de *News Holliday* antes de que lo despidieran, aunque no me hubiera extrañado que lo despidiesen. Se habían quejado de abordar en ocasiones a personajes VIP estando ebrio.

Max estuvo a punto de contarle lo que el propio J.

J. Adamson

le explicara la noche que le conoció en el cottage de Elsa, más prefirió callarse y dejó que ella siguiera hablando.

—A mi padre le retiraron el carnet de conducir por ir al volante embriagado y cometer imprudencias, tuvo colisiones sin importancia.

—Cuando averigüe el sargento esos hechos, más a su favor.

—Sí, ya sé que todo le acusa, pero él estaba convencido de que bebido ya no podía conducir.

—No es suficiente.

—Mi padre era incapaz de poner un enchufe eléctrico en casa. Nunca fue habilidoso con las manos, no sabía cambiar la goma de un grifo, si tenía que clavar un clavo se daba en el dedo con el martillo del vecino.

—¿El martillo del vecino?

—Sí era tan malo con los arreglos que no tenía herramientas. ¿Cómo iba él a forzar la cerradura de un «Pontiac» último modelo y a desconectar los cables, máxime estando bebido? ¿Cómo iba a hacer bien conexiones si no sabía hacer con sus manos absolutamente nada? Era una víctima propicia para los profesionales de las chapuzas.

—Si él no pudo hacer el puente para que el coche funcionara sin tener las llaves, ¿quién pudo hacerlo?

—No lo sé.

—Está claro que quien lo hizo, manteniendo siempre esta hipótesis, sabía que tu padre, bebido, iba a chocar.

—Sí seguro.

—Pero, cabe la posibilidad de que él, bebido, encontrara ya el coche robado y sólo se pusiera al volante.

—No lo creo.

—No lo crees, pero es una posibilidad a tener en cuenta.

—¿Y si han querido asesinarle?

—Un accidente de coche no siempre causa la muerte.

—Si se escoge el lugar adecuado...

—Si choca contra el casco de un barco cerca de la proa, es evidente que el coche caerá al agua y encajado entre la pared del muelle y el propio casco del navío, habrá un retraso evidente en la extracción de la víctima, que si no muere en la colisión, morirá

ahogada.

—Tu razonamiento está claro, Max. Le pusieron al volante ebrio, el coche en marcha y con la dirección puesta al lugar elegido.

—Eso es aventurar que lo han asesinado.

—Estoy convencida.

—¿Y por qué asesinarle si no tenía nada?

—Recuerdo que hablaba de un gran reportaje de escándalo, un reportaje importante que pensaba ofrecer al *News Holliday*.

—Las denuncias de un *affaire* escandaloso siempre pueden acarrear un asesinato por encargo.

—¿Y si le explicara esto al sargento Brinner?

—No creo que te hiciera caso.

—Pero, si le han asesinado, no vamos a dejar el crimen impune, ¿verdad? Mi padre no puede irse a la tumba como un borracho ladrón de coches.

—No, no sería justo mientras el asesino se beneficia de su muerte.

—Con su silencio, por ejemplo.

—Elsa, te prometo hacer averiguaciones, pero no confíes demasiado. Todos los hechos apuntan a darle la razón al sargento Brinner, aunque nos reviente.

—Hay que descubrir la verdad. El camino escogido por el sargento Brinner ha sido el más fácil.

—Eso es cierto. Busca entre las cosas de tu padre, debería tener alguna agenda o bloc de notas. Si preparaba un reportaje importante habrá papeles, informes, fotografías, material en abundancia. Tu padre era profesional, y sabía cómo se hacen estos trabajos.

—Sí, buscaré.

—Será mejor que no digas nada a nadie. Si efectivamente, hay un asesino, estará a la expectativa y no se quedará tranquilo hasta que pase algún tiempo del entierro o incineración de tu padre. Hay que darle confianza. Aprovecharé los días que estoy aquí para hacer algunas averiguaciones previas. Si compruebo que el sargento Brinner tiene razón, abandonaré el asunto, y si no, seguiré adelante.

CAPÍTULO III

El local nocturno «Red Chair» se hallaba a las afueras del suburbio del Southtown.

En aquella área había playas que en el verano solían llenarse de bañistas, pero que en invierno estaban totalmente vacías salvo los días festivos, que aparecían personas buscando tostarse al sol invernal.

También solían ir niños acompañados de perros y que lanzaban sus cometas al aire, que las hacía elevarse ante la mirada indiferente de los canes.

A aquellas horas de la noche, en las playas no había nadie, pero en la 115 Street pululaba la gente, abigarrando la calle como si fuera una noche canicular.

Había vendedores de manzanas asadas, palomitas de maíz, almendras y otras chucherías que la gente que prefería ignorar la asepsia de rigor comía por la calle, mirando los escaparates donde brillaban las luces.

Allí podía comprarse de todo, desde un brillante de cinco kilates a un preservativo.

Sobre el rótulo del «Red Chair» colgaba una pequeña silla pintada de rojo que era para el reclamo del club nocturno.

Max franqueó la entrada.

En un primer vestíbulo había fotografías sujetas a las paredes con cola fuerte para que no se las llevaran los clientes. En las fotos se veían las artistas que actuaban en el local, mujeres que parecían tener especialidad por el desnudo integral.

Todas las sillas del local estaban pintadas de rojo.

Las paredes y el techo imitaban las piedras del interior de una cueva.

Todo estaba lleno de humo y los murmullos de conversación hacían que sonase aún peor la voz de las cantantes que actuaban en

la pista, cantantes que atraían por sus cuerpos y movimientos, pero no por su voz. Aunque sí por las palabras que decían y que resultaban de lo más procaz.

Había chicas de todas las razas, incluidas mestizas, negras, mulatas, asiáticas y hasta mestizas de piel roja que no deseaban vivir en las calurosas reservas del sur de la Unión. Sin embargo, los clientes sólo eran de un color: blancos.

—Tienes mucho pelo, encanto.

Max miró a la girl que buscaba clientes para las consumiciones.

—Oye, tengo complejo de Edipo.

—¿Ah, sí y qué es eso?

—Verás, de pequeño me quedé huerfanito y no mamé.

Ella se echó a reír.

—Si buscas pechos, una está bien servida —y se agitó.

—Sí, muy bien, pero busco a una especialista.

—¿Para dar la teta? —preguntó ella algo molesta por no ser la elegida por aquel hombre joven, alto y bien cuidado. No todos los clientes eran iguales, y tenía que soportar gordos, pesados, babosos, con muchos años sobre sus huesos, y esto resultaba muy poco agradable. Soltar carcajadas entonces costaba más trabajo. Ser palpada en las carnes por una mano joven y cuidada resultaba agradable.

—Me han recomendado una.

—¿Cuál es?

—La Nurse.

—Vaya, pues no has tenido suerte.

—¿Ah, no?

—Hace dos días que no viene.

—¿Por qué?

Ella se encogió de hombros.

Max sacó diez dólares y se los metió en el escote.

—Oye, ¿eres de la bofia? Últimamente se visten de lo más raro, no se les puede oler ni de lejos.

—No, no soy de la bofia. ¿Dónde puedo encontrarla?

—Creo que vive en la 112 Street. No sé el número, pero su casa está junto a una tienda que vende botas de lluvia. A lo mejor se ha casado, las hay con suerte; claro que después de la vida que ha llevado, el tío, sea marido o no, la va a zumar cada vez que tenga

mala leche. Siempre pasa igual, mucho cuento de que se olvida lo pasado y acaban reprochándote que eres una puta y paliza que te doy.

Max ya se alejaba.

No le fue difícil encontrar la tienda de las botas de lluvia.

Como era lógico, estaba cerrada, pero se veían botas a través de la reja.

Un tubo fluorescente iluminaba el contenido del escaparate, para que los que iban y venían pudieran ver la mercancía y de este modo, si no les iba bien el horario, siempre podrían esperar a comprar el viernes por la tarde.

Entró decidido en el portal.

En apariencia, era una escalera de vecinos, pero dentro había una pensión sin categoría alguna.

Un tipo gordo, con una chaqueta mugrienta, y no de trabajar, sino posiblemente de comer cada día como un cerdo, le interpeló:

—¿Adónde va?

—Me han dicho que encontraré aquí a la Nurse.

El tipo le miró con sorna. Sacó un pañuelo y se enjugó el sudor, pues la calefacción estaba alta y sus grasas eran excesivas.

El verano debía de resultar para aquel individuo algo así como una puñalada tras otra, un martirio que habría de soportar a diario buscando el consuelo en las cervezas que le liarían sudar más. No parecía de los hombres que buscan la ducha para refrescarse.

—Tendrás que ir a que te consuelen a otra parte.

—Yo busco a la Nurse.

Ante la insistencia de Max, el tipo gordo que debía controlar la pensión, replicó:

—Si, sí, ya te he oído. Buscas a la Nurse para que te aligere las piedras, pero ella no está.

—¿Dónde está?

Se encogió de hombros.

—Con las gatas nocturnas como ella, nunca se sabe. Hay veces que encuentran a un tío fardón y se las lleva por tres o cuatro días y hay hasta que las casan. Menudo hígado tienen esos tipos.

—¿Es que la Nurse se ha casado?

—¿La Nurse? Ah, no, no creo; me lo hubiera dicho.

—¿Cuál es su habitación?

—¿Para qué? Ya te he dicho que no está.

Max pensó que a aquel tipo había que hablarle con su propio lenguaje, y no dudó en hacerlo porque parecía que le había tomado por un sujeto que buscaba el sexo fácil por veinte o veinticinco dólares y luego esperar otra semana.

—Tengo que verla, está metida en un asunto con mucha mierda.

—¿Para quién trabajas? —Funció el ceño.

—¿A ti qué te importa?

—¿La bofia o la mafia?

—Es mejor que no lo sepas. A partir de esta noche, podrías tener malas digestiones si es que las llegabas a tener.

—No sé nada de lo que hace la Nurse, no es asunto mío. Yo regento la pensión y ella ocupa una habitación. Le tengo dicho que no quiero líos. ¿Se trata de drogas?

—Está arriba, ¿verdad?

—Bueno, ella ha pedido que no la molesten. No se encuentra bien.

—¿Tiene la puerta abierta o cerrada?

—Pues yo...

—La llave.

—¿Eres de la bofia? —insistió.

—La llave —repitió.

—Vienes a cargártela, ¿verdad?

El tipo gordo pasaba de un extremo a otro sin saber por dónde descubrir la identidad de Max. Pero éste impuso su personalidad y acabó cogiendo la llave.

Las manos del gordo sudaban más que el cogote.

La habitación era la veintitrés en un edificio sin ascensor que olía a fritos, por lo que se podía deducir que allí vivían italianos.

No llamó. Metió la llave en la cerradura y abrió.

No había luz encendida.

La estancia habría estado totalmente a oscuras de no ser por un anuncio que se encendía y apagaba en luminosos colores, y que se hallaba lejos, quizás en otra calle, pero cuya luz pasaba por encima de los tejados hasta chocar con la ventana en que se guarecía la Nurse.

Olía a sudor, a humanidad, a desaliño, también a desinfectante.

Max sin dudarlo, encendió la luz y pudo verla en la cama.

Tenía unas gasas en la cabeza, casi en la sien, sujetas por una venda.

También tenía un esparadrapo en el brazo y Max supuso que en algunos lugares más del cuerpo. Un ojo lo tenía tan tumefacto que se podía ver de un color morado oscuro.

Los labios estaban hinchados, partidos, y en las aletillas de la nariz tenía sangre reseca.

La Nurse, cegada por la luz, parpadeó y miró a Max con temor. Los labios hinchados le temblaban.

—No me pegues más...

Max se sentó junto a la cama. Sacó unos cigarrillos, encendió uno y lo pasó a los labios de la mujer, que lo tomaron apaciguándose.

—No soy ningún rufián. La profesión más vieja del mundo tiene estas cosas desagradables, siempre hay tipos que golpean.

Ella aspiró el humo con fuerza, más tranquilizada. La voz de Max era apaciguadora en aquellos instantes.

—¿Te envía Fred?

—¿Fred?

—Sí, el estudiante.

Max pensó unos instantes.

Pese a su juventud, había corrido ya mucho mundo en su vida de reportero internacional. Para llegar al fondo del asunto, había que poner un poco de imaginación, y un mucho de racionalidad, se agitaba todo en un cóctel y luego a actuar, por ello no vaciló en preguntar cómo lo más natural del mundo:

—¿Fred es el que te ha puesto el emplasto?

—Sí Fred el estudiante. Bueno, era estudiante; pero todos lo llaman así, no acabó la carrera. Cura y no hace preguntas.

—¿Cómo te sientes?

—Mal.

—Te irían bien un par de aspirinas.

—Llevo diez hoy.

—¿Diez? Vaya, van a tener que operarte del estómago si sigues ese tratamiento. ¿Por qué no vas a una clínica?

—Harían preguntas y a las mariposas de la noche no es bueno que nos vea demasiado la policía.

Max se daba cuenta de que la Nurse no tardaría en recelar de él,

y que terminaría por inquirir quién era, por lo que debía darse prisa.

Por ello, había que apuntar y disparar, disparar pero a ciegas; era como buscar algo con los ojos vendados y con escasísimas posibilidades de volver a repetir si se equivocaba en el disparo.

—¿Ha sido Granger?

Preguntarle a una furcia del Southtown si había sido un determinado individuo el que le había dado una paliza de muerte, era como acertarle a un pato silvestre con una piedra.

Ella le miró preocupada, sosteniendo el cigarrillo en los labios hinchados.

Max le sostuvo la mirada, el ojo tumefacto impresionaba, parecía que fuera a perderlo. Todo el blanco de la escalera se veía rojo oscuro, y el entorno desde las cejas a la mejilla, junto a la nariz, era morado oscuro que parecía negro.

—¿Cómo lo sabes?

—Le busco por un asunto personal.

—¿Vas a matarlo?

—¿Te importaría que lo hiciera?

—El hijo de perra ése... Si pudiera, le clavaría un cuchillo hasta la empuñadura. Si no me ha matado ha sido por milagro; tengo todo el cuerpo que no puedo moverme —le miró otra vez fijo—. ¿Tienes veinte pavos?

—¿Se los debes al gordo?

—No, es para que me traigan un picotazo que me alivie.

—Corres el riesgo de aficionarte.

—Palabra que no, sólo es para quitarme los dolores. En la clínica me lo inyectarían y listo, ¿no?

—Pero sería bajo vigilancia médica.

—Conozco a un muchacho que le dieron picotazos bajo vigilancia médica y ahora consume morfina como un desesperado. Bajo vigilancia médica —repitió sarcástica—. ¿Eres de la brigada antinarcóticos?

—No, no tengo nada que ver con la policía. Y ahora dime dónde puedo encontrar a Granger.

Achicó el ojo izquierdo, el otro no podía moverlo.

—¿Por qué he de decírtelo?

Max sacó dos billetes de a diez dólares y se los mostró.

—Para que te calmen el dolor.

—Por veinte dólares me puedo ganar otra paliza como ésta.

—No sabrá que tú me lo has dicho, no te nombraré, es un asunto distinto. Además, es posible que Granger se esfume para siempre.

—Trabaja en el

I. H. L.

—¿Y qué es el

I. H. L.?

—Creo que significa algo así como Investigation Hema no sé qué más Laboratory.

—¿Es médico?

—No, no es médico, es ayudante de algo. Por si te interesa, está casado.

—¿Sabes dónde vive?

—No, sólo sé que su mujer se llama Abe.

—No te preocupes, no le hablarla de ti aunque me gustaría darle recuerdos tuyos.

—Algún día pagará.

—Claro que sí. Descansa.

Se puso en pie y la miró; en aquellos momentos, no tenía nada, absolutamente nada de provocativa.

CAPÍTULO IV

—Siento lo de tu padre, ha debido de ser muy desagradable.

Elsa estaba al otro lado de la mesa del gran jefe Warlon. Sabía que muchos de los que entraban allí para entrevistarse le temían. Sí, le temían, porque era un hombre de carácter agrio y difícil, y no pocos que soñaban con un porvenir brillante habían sido despedidos por él.

—Sí muy desagradable. ¿No vino a verle?

Warlon la miró inquisitivo.

—¿A mí?

—Sí, a usted. Dijo que tenía un gran reportaje.

—Ah, sí, me lo dijo por teléfono.

—¿Y qué le contestó usted?

—Pues, la verdad, Elsa... Anda, siéntate. Creo que, en ocasiones, de tanto pensar en la labor que hay que dejar bien hecha, nos volvemos inhumanos. Siéntate, anda. ¿Quieres un trago?

—No —respondió Elsa, sentándose y aceptando el cigarrillo que el propio Warlon le encendió con su mechero de oro de dieciocho kilates.

No era frecuente que Warlon se mostrara amable con sus subordinados.

—¿Qué le contestó usted? —insistió Elsa.

—Pues que estábamos al completo, que aguardara un par de semanas. Tú sabes cómo están las cosas por aquí.

—¿No le pareció bueno el reportaje?

—¿El reportaje? —repitió Warlon distraído, buscando entre las hojas que tenía sobre la mesa, y que nada tenían que ver con lo que hablaba con Elsa.

—¿El reportaje no le pareció bueno?

—Pues, la verdad, no recuerdo que me lo explicara. Le dije que me estaban esperando. ¿Sobre qué trataba? Quizás ahora se podría

encontrar una página doble y lo publicaríamos; puede ser un gancho.

—¿Va a aprovecharse de su muerte?

—Tú recibirías el dinero del reportaje, y él la gloria póstuma. Es un buen trato, ¿no?

—¿Y de verdad no sabe de qué iba el reportaje?

—No, ya te lo he dicho; cuéntamelo tú y lo estudiaremos.

—Ahora no tengo los papeles.

—Pero ¿de qué se trata? Es para saber si el asunto es bueno.

—Claro que es bueno.

—¿Y por qué no me lo cuentas de una vez?

—Porque se murió sin decírmelo.

—Ésta sí que es buena. ¿Y cómo sabes entonces que el reportaje merece la pena?

—Papá me lo dijo.

—¿Sólo te dijo que era bueno?

—Sí.

—¿Y lo creíste?

—Mi padre tenía sus defectos, pero era un hombre sincero y nadie podría discutirle que tenía olfato de reportero.

—Sí, claro. Tú eres su hija, pero si no sabes de qué va el reportaje y él se llevó consigo el secreto a la tumba...

Uno de los tres teléfonos que Warlon tenía en la mesa sonó estridente.

—Sí, Warlon al habla.

Elsa le miró con fijeza; una llamada telefónica a tiempo era una puerta de escape para quien quería librarse de una charla molesta.

Warlon cubrió el micro con la mano y le dijo a Elsa:

—Hablaremos de tu asunto en otro momento. ¿Te parece?

—Sí, claro —aceptó la joven, sabiendo que nunca le darla ocasión para que llegara ese momento.

De la angustiada congoja que sintiera el día que le habían notificado la extraña muerte de su padre, había pasado a la irritación.

El sargento Brinner, pensando que podía movilizarse el *News-Holliday* en aquel asunto por ser Elsa una secretaria y Max un reportero de la revista, había dejado de mostrarse insolente para ser indiferente.

El asunto estaba en manos del juez; no había más que averiguar, para él todo estaba muy claro: hurto de un automóvil con violencia, y en estado de embriaguez, conducción sin licencia, colisión contra el barco y caída a las aguas del puerto.

El juez que se ocupaba del caso no tendría demasiadas dificultades para fallar el caso.

Elsa miró su reloj de pulsera. No era hora de abandonar la redacción; sin embargo, tomó el bolso y la gabardina y salió de las oficinas.

A través de la mampara de cristal que separaba ambos despachos, Warlon la vio alejarse pero no dijo nada.

Un taxi la llevó al embarcadero del *ferry* que cruzaba el estuario donde el río desembocaba en el océano.

Max ya tenía los billetes y entre sus manos sostenía una caja metálica.

—Subamos.

Poco después el *ferry* zarpaba.

El bullicio a bordo era escaso; el día gris amenazaba lluvia.

Elsa vestía gabardina oscura y Max, una cazadora impermeable.

—Cuando quieras —le dijo él.

Elsa abrió la caja metálica.

Ante sus ojos aparecieron las cenizas de lo que fueran los despojos de su padre, unos despojos que habían pasado por una autopsia profunda, exigida por el juez.

Elsa tomó las cenizas a puñados y las fue arrojando al estuario de aguas dulces, donde se aventuraban algunos tiburones que llegaban del océano.

La muchacha no dijo nada mientras mentalmente se despedía de su padre, en forma de cenizas, cenizas que fueron absorbidas por las aguas.

Al final miró la caja metálica y la dejó caer tras la popa por encima del burbujeo que provocaba la hélice del *ferry*.

—Te haré justicia, papá.

—Creo que hay mucho que investigar —rezongó Max.

—¿Qué has averiguado?

—Todavía nada. Sólo que los nombres que oímos en boca de tu padre existen y no son precisamente *boy-scouts*.

Max la rodeó por la cintura y ella le dejó.

El *ferry* llegó a su destino, pero ellos no descendieron por la pasarela; tenían boletos de ida y vuelta.

Comenzó a llover, tan finamente, que apenas se notaba. Las sirenas de los barcos cruzaban el aire, como mugidos de monstruosos animales marinos que aparecían para amenazar o suplicar auxilio ante unas aguas que morían por la contaminación.

Ya de regreso, subieron al automóvil amarillo.

Max, que había permanecido largo tiempo en silencio, le dijo:

—Podríamos ir a almorzar a un lugar que conozco.

—Como quieras, pero no tengo apetito.

—No importa, será una comida frugal.

El lugar íntimo era un restaurante portugués donde les sirvieron camarones en salsa y un entrecot al oporto, todo regado con champaña californiano.

—No es una comida totalmente pura de origen porque los camarones son del Golfo de México...

—Ha estado muy bien, Max —le dijo ella, cogiéndole las manos.

—Vamos.

A bordo del automóvil amarillo, llegaron a la urbanización Petirrojos y Max pudo ver mucho mejor el cottage de Elsa. El *living-room* era amplio, algo más de treinta metros cuadrados. Luego había un dormitorio, un aseo y una minicocina en la que la joven se metió para hacer el café.

La calefacción pronto ambientó la casa, pero Max prefirió amontonar unos leños en la chimenea y la encendió, viendo crepitar las llamas mientras la lluvia arreciaba en el exterior.

Elsa se sentó junto a él.

Había puesto a su disposición el café y *whisky* en dos vasitos anchos y pesados.

—Elsa, sé que este momento no...

—Por favor, Max, olvida el momento y ayúdame a seguir viviendo. Estoy un poco deprimida, pese al buen rato que he pasado en el restaurante.

Max le bajó la cremallera, le quitó los corchetes, la liberó de la opresión de la ropa mientras las llamas crepitan en la chimenea.

—Espera...

—¿Sí?

—No eres casado, ¿verdad?

—No.

—¿Divorciado?

—Tampoco. ¿Y tú?

—Sólo he tenido una experiencia sexual en mi vida, cuando era una chiquilla.

—¿Guardas buen recuerdo o malo?

—Malo. El tipo era odioso, fue un pariente. Me atrapó en una fiesta, el jardín estaba oscuro. En fin, prefiero no recordarlo.

—Trataré de borrar de tu mente el mal sabor.

Inclinó sus labios sobre la boca femenina y la besó.

Elsa se fue entregando lentamente hasta hacerlo apasionadamente.

Las manos femeninas se enortijaron en los cabellos cobrizos de Max, mientras éste le besaba los pezones y acariciaba su cuerpo.

—Max, Max, quiero vivir...

CAPÍTULO V

—Es biólogo —le dijo el informador que se hallaba sentado junto a Max en el coche de éste.

—¿Con futuro brillante?

—No, nunca pasará de mediocre; un ayudante perfecto si lo parece. Los hombres brillantes como el doctor Hatmartin no quieren ayudantes que algún día puedan hacerles sombra.

—¿Granger es ayudante del doctor Hatmartin?

—Sí, trabaja en su laboratorio.

—¿Investigaciones rutinarias o algo especial? —quiso saber Max mientras veía el edificio del Investigation Hematologic Laboratory a través del cristal parabrisas del auto.

—Creo que buscan la panacea para el cáncer.

—¿El cáncer?

—Sí, y parece que llevan buen camino.

—El cáncer es un azote de la humanidad. Si encuentran la droga o lo que sea para curarlo, bienvenido sea. Merecerán un monumento.

—Eso va para largo —le dijo el informador, que tenía un ligero acento sudamericano.

—¿Tonta drogas?

—¿Granger?

—Sí.

—Algo de coca.

—¿No puede proporcionarse la droga en el laboratorio?

—La coca, no.

—¿Muy adicto?

—No, sólo para algunas ocasiones.

—¿Fichado?

—No. Lo detuvieron con coca en los bolsillos, pero como era biólogo y trabaja en un laboratorio de investigación de sangre y

además solo era una toma, lo soltaron.

—No, me extraña que sea cocainómano. Esa clase de tipos en ocasiones estando drogados se tornan violentísimos.

—Sí, son peligrosos cuando han tomado coca, pero hay tipos que la utilizan para pasar por brillantes en las fiestas. Algunos prefieren las anfetaminas, son menos fuertes. Mira, precisamente aquel rubio del cabello cortado al cepillo es Granger... —señaló.

—Nadie lo diría al verle; es un sujeto de apariencia honorable.

—¿Y no lo es? —preguntó el informador con media sonrisa de cínico.

Max le entregó unos billetes y le dijo:

—Ya puedes apearte.

—O. K. Cuando me necesites en otra ocasión, llámame; yo sé muchas cosas, ya lo has visto...

Max le dejó marchar.

Aquella clase de individuos suministraban información lo mismo a la policía que a la prensa o a las agencias de investigación que no hacían más que llenar fichas que introducían en la memoria de sus ordenadores electrónicos siempre voraces, nunca hartos de información.

Observó que Granger subía a un lujoso automóvil «Mercedes Benz» azul oscuro, un coche de importación seguro y elegante.

Granger debía de andar boyante de dinero, para comprarse aquel costoso automóvil de la industria alemana cuando tenía tantos modelos para escoger en los Estados Unidos.

Max comenzó a seguirlo con discreción, y se preguntó si Granger ganaría lo suficiente como ayudante de investigación para poseer aquel automóvil.

Le vio estacionarse y él hizo lo mismo. Max le vigiló a distancia. Se internó en el hotel y lo vio sentado en la cafetería, fumando un cigarrillo frente a un vaso de *whisky* con hielo.

Max, sin dudarle, anduvo hasta la misma mesa y se sentó frente a Granger.

Éste frunció el ceño y le dijo:

—Está ocupada, amigo.

—¿Esperas a alguien? —le preguntó Max.

—¿Le importa?

—Todo puede importarme —respondió enigmático mientras

encendía un cigarrillo, más por tener algo entre los dedos que por fumar.

—Si no se va, pediré que lo echen.

—Puede llamar a la policía.

—¿A la policía? —Frunció el ceño—. ¿Por qué?

—No sé, quizá al sargento Brinner le interese todo lo que pueda contar.

—Oiga, creo que se equivoca de personaje —le dijo, como disponiéndose a marchar.

—¿No te llamas Granger? —Y le lanzó el humo al rostro.

Granger volvió a sentarse.

Era un tipo alto, fornido. Max recordó a la desgraciada Nurse y pensó que los puños de aquel sujeto harían mucho daño, sobre todo cuando golpeaban a alguien más débil que él.

—¿Qué es lo que busca?

—A la reina.

—¿A la reina? No lo entiendo —dijo Granger, que debía de haberse licenciado en una universidad de cuarto orden. Sin lugar a dudas, apelando a influencias, habría encontrado empleo en los laboratorios de investigación de la sangre.

—¿No sabes jugar al ajedrez? —le preguntó Max, que lo tuteaba desde el principio para quitarle humos.

—Sí, pero estoy esperando compañía y mejor me lo cuenta en otro momento.

—Resulta que yo quiero hablar ahora. Tú eres un peón, quién sabe si un alfil o incluso un caballo, pero a mí me interesa la reina y el rey, por supuesto. Estoy dispuesto a jugar y a ganar la partida.

—¿Está loco?

—No, no estoy loco ni tomo coca como tú.

Granger palideció y miró en derredor instintivamente, como si de pronto tuviera miedo de que alguien le estuviera viendo.

—¿Quién le envía? Y o pago todas mis deudas.

—Sí, ya me lo imagino: apuestas, drogas, automóviles lujosos y zorras caras. ¿Tu mujer también lleva este alto nivel de vida? ¿Le compras abrigos de visón?

—¿Es de la policía? Yo no he hecho nada. ¿Trae alguna orden contra mí?

—Cuando tomas coca te vuelves muy locuaz, ¿verdad? —Max

sonrió y prosiguió como si él mismo diera la respuesta que tenía que salir de los labios de Granger—. Luego, te arrepientes, te arrepientes y no sabes cómo remediarlo.

—¿De qué me está hablando?

—Hay un negocio sucio; bueno, la verdad es que hay muchos negocios sucios.

—Por supuesto.

—A mí me interesa el que a ti te proporciona la pasta suficiente para comprarte el coche que llevas y la vida que te pegas.

—Yo no estoy metido en ningún negocio sucio. Mi vida es limpia, se puede investigar.

—Sí, no me cabe duda, pero el negocio sucio, un negocio que será todo un escándalo cuando se destape, existe, y tú tienes las cuatro patas metidas en él y también la boca, porque supongo que estás mamando de ese negocio muy a gusto.

—¿Quién le ha contado esa estupidez?

—Alguien que murió asesinado hace muy poco.

—¿Asesinado, quién?

—¿Te haces el tonto?

—Hay crímenes cada día.

—El asunto que te llevas entre manos es tan feo que...

—¿Tan feo?

—Sí, tan feo que mata. Si sólo eres una pieza a mover, es posible que el próximo entierro sea el tuyo.

—Si cree que me asusta, está equivocado, yo no tengo nada que temer.

—Eso decían algunos antes de saber que tenían cáncer.

Max se levantó. Sabía que no iba a sonsacarle nada en aquellos momentos, pero le había metido la inquietud en el cuerpo y eso era suficiente.

Si efectivamente, Granger sólo era un peón que ayudaba a algo que Max todavía ignoraba pero que podía ser muy sucio y escandaloso, miraría con recelo a quienes estaban por encima de él.

Se levantó, le dio la espalda y salió del complejo hotelero cuando entraba una joven buscando con la mirada; era una muchacha que llamaba la atención por su sensualidad innata. Divisó a Granger y fue a su encuentro, sin embargo, el biólogo no estaba de humor.

A Max le hubiera gustado explicarle a aquella chica lo que Granger era capaz de hacer con una mujer indefensa, especialmente si ella era de vida alegre...

CAPÍTULO VI

El eminente científico doctor Hatmartin descendió por la escalinata de la lujosísima mansión. Todo allí estaba controlado; había cámaras de televisión en circuito cerrado y guardaespaldas correctamente vestidos con traje y corbata, hombres altos y fuertes, hombres experimentados en toda clase de luchas, muchos de ellos salidos de las filas de los Boinas Verdes.

El salario que ahora cobraban era más elevado y el trabajo, más gratificante y menos peligroso.

El doctor Hatmartin era alto, delgado, elegante. Cubría su cabeza con sombrero hongo inglés y usaba guantes de piel gris. Sobre su labio superior llevaba un bigote ancho y bien recortado y sus ojos miraban a través de unas gafas de dos dioptrías y media.

El doctor Hatmartin aspiraba al Nobel de medicina y sabía que, por ser americano, ya tenía muchas posibilidades de obtenerlo.

Subió al lujoso «Mercedes Benz»; Granger estaba al volante. El doctor se aposentó detrás, como si Granger fuera su chófer.

—Vámonos.

Granger odiaba secretamente al doctor Hatmartin, no le gustaba la forma en que éste le trataba, casi como a un criado, sin embargo, aguantaba, porque sabía que sólo a través de su jefe podía conseguir aquel chorro de dinero que le permitía vivir tan espléndidamente.

El «Mercedes Benz», sin prisas, se deslizó por la carretera particular que se abría paso entre jardines de tipo natural pero espléndidamente controlados por profesionales de la jardinería.

Al llegar a la verja, un guardián de uniforme le saludó y dos grandes perros ladraron furiosamente.

—Qué perros, ¿verdad, Granger?

—Sí, no me gustan. Cualquiera de ellos puede arrancar de cuajo un brazo o degollar por completo a un tipo como yo.

—No lo dudes, Granger —dijo, con su habitual voz meliflua—. Son grandes perros de la más pura raza danesa. ¿Sabías que los bárbaros, ya hace muchos Siglos, iban a las batallas acompañados por esta clase de perros que se lanzaban contra el enemigo haciendo grandes estragos?

—No me sorprende.

Cuando estuvieron lejos de la finca, rodando por la amplia carretera, de regreso a la ciudad, el doctor Hatmartin preguntó:

—¿Preocupado, Granger?

Granger dio un vistazo a través del retrovisor.

—¿A quién han matado?

La pregunta fue hecha sin previo aviso, sonó como un disparo dentro del coche que seguía circulando.

—¿Matado? No te entiendo.

—Sí, lo han matado para que no hable.

—No sé nada.

—¿Seguro?

—Sí, seguro. ¿A qué viene eso, qué es lo que sabes?

—Yo estoy metido en esto como usted, doctor. Quedamos en que sería algo sucio pero nada criminal, bueno, sin sangre, aunque el negocio esté en la sangre precisamente.

—Es que no ha habido nada.

—No le creo.

—Granger —exclamó, entre sorprendido y molesto. Después bajó el tono de su voz mientras movía los ojos huidizamente tras las gafas, como muy preocupado—. Ha aparecido un chantajista.

—¿Un chantajista, y lo han liquidado?

—Que yo sepa, no.

—Es muy raro.

—¿Por qué?

—A mí, un tipo me ha hablado de un muerto.

—¿Quién te lo ha dicho? —inquirió preocupado el doctor Hatmartin.

—No sé quién es ni cómo se llama. Me lo encontré en una cafetería, me abordó y dijo saber mucho, aunque supongo que no sabe tanto como pretendía.

—¿Qué le dijiste?

—Nada, pero él hacía preguntas. Sabía cómo me llamaba yo y

que había un muerto en el asunto.

—¿En el asunto, no será algún trapicheo tuyo?

—No, y habló del cáncer.

—¿Quién es ese tipo? —insistió, ahora más nervioso.

—Le digo que no lo sé, no lo había visto en mi vida. Lleva barba recortada, es joven, alto; parece un profesor de universidad.

—¿Cómo ha dado contigo?

—No lo sé, me habrá seguido. ¿No dice que hay un chantajista?

—Sí, eso me han comunicado.

—Puede que sea el mismo.

—No lo creo.

—¿Por qué?

—El chantajista está controlado.

—¿Y si el tipo que ha venido a verme trabaja para el otro y lo que pretende es averiguar más cosas?

—Tú no has dicho nada, ¿no es cierto?

—Por supuesto que no, pero el asunto del asesinato no me gusta.

—Quizá sólo ha sido para meterte el miedo en el cuerpo.

—¿Y para qué?

—Para que soltaras la lengua.

—De todos modos, no me gusta. Ser cómplice de un asesinato es muy grave.

—Es cierto.

—Doctor, no olvide que no sólo se destruiría su carrera, sino que pasaría muchos años detrás de unas rejas.

—Da la vuelta.

—¿Qué?

—Que des la vuelta.

—¿Supone que la «cobaya VIP» arreglará este asunto?

—Seguro. Nosotros no somos gente de acción, Granger.

Granger recordó a la Nurse y se dijo que el doctor Hatmartin desconocía su vida privada.

Hatmartin sólo pensaba en sus investigaciones, en su promoción personal encaminada a la consecución del Nobel de Medicina y eso no era fácil; tenía que abrir muchos huecos en revistas especializadas para que hablaran de su obra, lo que le costaba mucho dinero; también debía hacer regalos, desplazamientos. Sólo el hombre al que entre el doctor Hatmartin y Granger llamaban

«Cobaya VIP», podía cubrir todos aquellos gastos, los suyos y los de la vida privada y licenciosa de Granger.

—¿Qué cree que hará con el chantajista?

—Lo ignoro, pero voy a dejar bien claro que no quiero estar involucrado en ningún asesinato.

Granger dio la vuelta por un desvío y sonrió; otros solucionarían su problema, sin embargo, no estaba muy seguro de que el sujeto de la barba se decidiera a dejarlo en paz, parecía listo, demasiado listo.

CAPÍTULO VII

El jefe de caja firmó el cheque. Lo hacía siempre con pluma estilográfica y utilizando una tinta que no decía a nadie quién se la proporcionaba, una tinta muy difícil de imitar, de este modo, garantizaba un tanto la autenticidad de su firma en los talones de los que era responsable en la revista «News-Holliday».

—Toma, muchacho, aquí están todos tus atrasos.

Max sonrió. Miró el talón y le pareció increíble lo que estaba viendo.

—¿Habéis apostado, a las carreras?

—No, parece que las cosas van mejor en la revista.

—¿Tanto como para pagar atrasos? —inquirió, burlón.

—Sí, parece que han encontrado un nuevo socio.

—¿Quién es?

—No sé. El gran jefe quiere verte.

—Ahora que tiene más dinero estará más asequible, ¿no?

—Bah, el gran jefe siempre gruñe; es su obligación. Te está esperando.

—Veremos qué diablos quiere.

Se guardó el talón y dejó que otro pasara a cobrar sus atrasos.

Había cola; la noticia había corrido a la velocidad de la luz. La «News-Holliday» tenía fondos para pagar a sus colaboradores, hecho que no ocurría desde hacía mucho tiempo.

Bromeando, los veteranos decían que no recordaban otra efemérides como aquélla.

Warlon estaba en su despacho, atareado como siempre. No parecía más despreocupado por poseer fondos y no tener que provocar alegría general con una fiesta de aniversario.

—¿Quería verme, Warlon?

—Ah, sí, Max, pasa.

Max, acostumbrado a viajar, a conocer gentes, a contar con las

alegrías y dolores de sus semejantes, notó que el ceño de Warlon estaba ligeramente fruncido.

—¿Qué sucede, Warlon?

—Tengo un asunto interesante.

—¿Para mí?

—Sí, tendrás que irte a Thailandia.

—¿A Thailandia, ahora?

—Sí, cogerás el avión esta misma noche; por supuesto, viajes pagados. El reportaje es bueno y te lo pagarán bien.

—Haré el reportaje, pero no de inmediato.

—Ha de ser de inmediato; tengo un contacto en Bangkok, se trata de los niños mestizos. Hay que hacer un reportaje que haga saltar las vísceras de las tranquilas amas de casa. Hay que decirles que posiblemente algunos de esos niños son hermanastros de los suyos, que su marido puede ser el padre de uno de esos mestizos. Hay que fotografiarlos como están y te pondré en portada al niño más mestizo que encontremos. Ha de tener algo de americano, claro, pera un mucho de asiático y que esté degradado por la miseria y el hambre. Le pondremos el título con interrogante. «¿Es éste su hijo, *mammy*?». ¿Qué te parece, Max?

—Es una buena denuncia. Muchos millares de soldados coca-cola

podrán ser los padres, pero no se darán por aludidos.

—Venderemos muchos ejemplares.

—Lo haré más adelante.

—¿Y por qué no ahora? —inquirió Warlon, a punto de excitarse. Max lo notó en sus manos que se crispaban.

—Tengo otro asunto entre manos.

—¿Qué asunto?

—Vamos, Warlon, ya sabe que soy un *free-lance*, libre por naturaleza. Si le gusta mi reportaje, usted lo compra y lo publica y si no lo vendo a otra revista, eso es todo.

—¿Es que no vas a decírmelo?

—No, hasta que tenga el reportaje completo. No quiero que nadie me lo pise, ya sabe que eso ocurre mucho en la profesión.

—Yo no voy a pisártelo.

—No, pero otro sí.

—¿Otro, cuál otro? —insistió, visiblemente nervioso.

—No sé, cualquiera.

—No digas tonterías. Un reportaje no sólo es bueno por lo que dice, sino por cómo lo dice. Tu estilo es inimitable.

—De todos modos, prefiero terminarlo antes de abrir la boca.

—¿Te niegas a ir a Thailandia?

—No me niego, pero quiero un poco de tiempo para mí.

—Enviaré a otro en tu lugar.

Max se encogió de hombros.

—Es su derecho. Después de todo, la idea no es mía, aunque admito que es buena. Hay que sensibilizar a la gente para que vean que el soldadito

coca-cola

no sólo reparte chocolatinas sino también leche y bombas.

—Sí de napalm —Warlon, inquieto, se retrepó en su silla giratoria. Encendió un cigarrillo y miró a Max con la actitud de una zorra—. No creí que me hicieras esta jugada. Confiaba en ti.

—En nuestra profesión nos llamamos compañeros, pero nadie confía en nadie. Dicen que somos perros de presa. Quítele de entre los colmillos a un perro de presa un pedazo de carne y verá lo que ocurre; en la profesión es lo mismo. La llevamos metida en la sangre como una droga que nos excita.

—Es cierto, y somos capaces de todo para seguir adelante.

—Así es. Aunque pongamos cara de niños buenos cuando salimos en televisión.

—¿Vas a salir de la ciudad?

—No.

—¿Por cuánto tiempo?

—¿Quién lo sabe?

—Te voy a dar cuarenta y ocho horas.

—¿Para qué?

—Para que cojas el avión rumbo a Thailandia y hagas el reportaje de los niños mestizos.

—¿Y si en cuarenta y ocho horas no estoy libre?

—No vuelvas al *News-Holliday*.

—¿Es un ultimátum?

—Tómalo como gustes.

—¿Qué es más importante, el reportaje o su orgullo personal? —le preguntó Max directamente, esperando una respuesta sincera.

—No te hagas el listo conmigo. Ele visto pasar a muchos tipos brillantes por delante de esta mesa que luego han acabado en nada. El éxito y la popularidad son efímeras. Lo que vale es seguir en la brecha cada día, al precio que sea.

—No me gusta la frase «al precio que sea». Se suele pagar mucho para conseguir muy poco.

—Está visto que no pensamos igual, Max, y no quiero problemas. Aquí el director ejecutivo soy yo, te guste o no. Dentro de cuarenta y ocho horas tienes tu oportunidad. Repito, si no la tomas, no vuelvas.

—No olvidaré el ultimátum, Warlon. De momento, con el talón que me han dado en caja, tengo para comer hamburguesas durante bastante tiempo, el hambre no me provocará alucinaciones.

Se miraron a los ojos.

Ambos supieron en aquel momento que había saltado la chispa del desafío. ¿Cómo acabaría aquel reto mudo, silencioso, pero real? Ninguno de los dos podía saberlo en aquellos instantes; el futuro estaba ante los dos.

Ambos eran hombres de acción; cada cual a su manera, a su estilo.

Warlon, el gran jefe del *News-Holliday*, no había conseguido domesticar a Max, y eso le preocupaba.

Una vez Max hubo salido del despacho, los ojos de Warlon destilaron inquietud. Tomó uno de sus tres teléfonos y comenzó a marcar un número que se había grabado en su cerebro para no olvidarlo jamás.

CAPÍTULO VIII

Max circulaba tranquilo, sin prisas; la urbanización Petirrojos no quedaba lejos.

Pensaba mientras las luces de los vehículos que venían en dirección contraria pasaban fugaces a su lado. Comenzó a lloviznar y tuvo que conectar el limpiaparabrisas.

Se salió de la carretera para introducirse en la urbanización. Al llegar frente al cottage de Elsa, observó que allí estaba el coche verde de la joven.

Se estacionó sobre la acera y dio un portazo como para que le oyeran.

Rebasó el espacio que quedaba hasta el alero protector de la puerta, y al llegar frente a ella, ésta se abrió, pero al entrar no vio a Elsa sino a un hombre de casi dos metros, bien vestido.

Max poseía memoria fotográfica y recordó a aquel tipo de inmediato, no en vano era un profesional del mundo del periodismo.

Aquel sujeto de casi dos metros de estatura había sido famoso en el boxeo, aunque por poco tiempo.

—¡Max!

La voz de Elsa brotó angustiada de su garganta. Otro tipo la sujetaba, al tiempo que apoyaba contra su abdomen una navaja de grandes dimensiones.

Elsa estaba en evidente peligro de muerte.

—¿Qué significa esto? —preguntó.

Alguien apostado tras él descargó un golpe brutal sobre su cerviz, cogiéndolo a traición, lo que le hizo caer hacia adelante.

Acababa de llegar al suelo cuando recibió una terrible patada en los riñones que le obligó a gemir.

—¡Canallas! —gimió Elsa.

Max, aturdido, sacudió la cabeza.

Le cogieron por las axilas y lo izaron para que el tipo que le había abierto la puerta hundiera sus puños con brutal contundencia y matemática precisión en su cuerpo buscando hacer daño.

Se quejó, se dobló, pero todavía apoyado en el que le sujetaba por la espalda, consiguió alzar sus pies con violencia en un movimiento de karate y golpeó en la cara al exboxeador, que fue a dar con su espalda contra la pared.

—Dale duro —rugió el que amenazaba a Elsa con un cuchillo.

El que sujetaba a Max quiso golpearlo pero no lo consiguió.

Pese a lo dolorido que estaba, Max pudo escurrirse de entre sus manos.

El exboxeador ya repuesto, aunque seguía aturdido por la patada de karate recibida en la cara, le cortó la salida hacia la puerta.

Max saltó hacia el ventanal con los pies por delante, haciendo saltar los cristales mientras se protegía el rostro con el antebrazo y caía al jardín.

—¡Cogedlo, idiotas, que se escapa! —rugió el que atenazaba a Elsa.

El tipo de los dos metros salió por la puerta mientras el otro lo hacía por la ventana, ya sin cristales.

Comenzó a sonar el claxon; era el automóvil de Max, dispuesto a provocar escándalo.

El exboxeador fue hacia él cuando un fogonazo le cegó; era el *flash* de una máquina fotográfica.

—¡Estúpido, liquidaremos a la chica! —rugió.

Otro fogonazo cegó momentáneamente al exboxeador de los pesos pesados, antes de que recibiera una dolorosísima patada en las gónadas.

El dolor en los testículos le hizo inclinarse, y Max pudo darle un taconazo en la barbilla. Fue como una coz de mula que consiguió tumbarlo.

—¡Vamos a matar a la chica!

La amenaza del tipo que se mantenía dentro de la casa con las luces apagadas fue respondida con otro relámpago de *flash*.

Max advirtió:

—¡Os tengo fotografiados a todos!

—¡Auggg! —gritó Elsa.

—¡Entrometido, deja de molestar o volveremos otra vez! —

amenazó uno de aquellos tipos en la oscuridad, antes de que los tres se marcharan rápidamente.

No lejos de allí un automóvil camuflado entre unos setos se puso en marcha y se alejó.

Max se introdujo en el cottage y encendió la luz. Encontró a Elsa tendida en el suelo.

—¡Elsa!

No vio sangre y suspiró de alivio. Por un instante había temido lo peor, aunque estaba seguro de que aquellos tipos no querían asesinarlos, sino sólo amedrentarlos.

La tomó entre sus brazos y la tendió en el sofá. Afuera, el claxon seguía sonando.

Un automóvil con un foco direccional se acercó.

—Eh, amigo, ¿qué sucede?

—¿Es usted el vigilante?

—Sí.

—Llame a la policía.

—¿Qué ha ocurrido?

—Elsa Adamson, la propietaria, está inconsciente. La han golpeado. Había tres tipos ahí dentro.

—¿Se han llevado algo?

—No lo sé —respondió Max. Estaba seguro de que no habían robado nada, pero quería meter a la policía en el asunto. Serviría como testimonio si llegaba el caso.

El guarda de la urbanización se apeó. Llevaba un rifle entre las manos y se cubría la cabeza con gorra visera.

—¿Dónde está la propietaria?

—Ahí dentro, sígame —le pidió dándole la espalda para que no recelara. Se la mostró, tendida en el sofá.

—Llamaré desde aquí. ¿Tres ha dicho que eran?

—Sí, tres; puede llamar al teniente Brinner.

—¿Al teniente Brinner?

—Sí, de la estación treinta y uno.

—Lo siento, ésta no es su jurisdicción. Aquí dependemos de la policía estatal.

—Como quiera.

—Max —comenzó a hablar ella, abriendo los ojos.

—¿Dónde te duele?

Elsa se llevó ambas manos al abdomen, por debajo de los pechos.

El vigilante llamó a la policía desde el teléfono de Elsa. Observó la cara de Max y dijo:

—Parece que también ha recibido.

—Sí, los tres pegaban duro.

—¿Había armas?

—Sí —asintió Elsa casi sin voz—. Una navaja muy grande con la que me amenazaban.

—¿Y qué querían?

—No lo sabemos —dijo Max—. Se han marchado al comenzar a sonar el claxon.

—¿Lo ha puesto usted en marcha?

—Sí.

—Bien hecho. Si no se han llevado nada, ha sido una suerte. Ahora hay que esperar a que llegue el patrullero. ¿Saben en qué coche han huido?

—No, no lo hemos visto.

—Pero, eran tres, ¿verdad?

—Sí.

—¿Facinerosos?

—Bien trajeados.

—Qué raro. En fin, esperaremos...

CAPÍTULO IX

—Anda, desnúdate —pidió Granger a la chica con la que se había citado en el hotel.

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó ella coqueteando.

—Porque estás muy apetecible y tengo ganas de gozarte.

—Yo no soy profesional.

—Claro que no. Y yo te voy a hacer buenos regalos.

—Es que tú me gustas.

—Sólo falta que me digas que me parezco a tu padre.

—A mi tío...

—Bueno, ya es algo. Si quieres empezaré por desnudarme yo.

—Será divertido.

—A lo mejor te asustas.

—Ele visto películas porno.

La puerta se abrió bruscamente, con violencia, y los dos se encararon con ella.

Granger identificó de inmediato al hombre que se hallaba en el umbral.

—¿Interrumpo?

—¡Hijo de perra! —Escupió Granger.

—Tú, muñeca, ya puedes largarte; la sesión acabó para ti. Ah, este tipo está casado y tiene dos hijos.

—Bueno, eso a mí no me importa. ¿Quién va a pagarme?

—Eh, espera, no te vayas, el que se va a ir es él.

—¿Qué hago? —preguntó la chica, indecisa, mirando a Max.

—Meterte un chicle en la boca, subir al autobús y hacer globitos.

—Muy simpático. Me largo. No quiero que esto se ponga feo y venga la policía. Me ficharían y... ¡ciao!

Granger era fuerte, estaba descamisado y se sentía furioso contra Max, por lo que arremetió contra él.

Pero se llevó la sorpresa de que Max sabía artes marciales

orientales y le aplicó tres golpes seguidos de karate que dieron con él en el suelo, cogiéndose la nuca y el hombro dolorosamente.

—Esto es sólo el principio, Granger.

—¡No acabará así, no acabará así! —rugió.

Max le dio un taconazo en un codo que le hizo aullar dolorosamente.

—Enviasteis a tres matones a zumbarme, y le pegaron a la hija del muerto. Eso está feo, muy feo.

—Yo no sé nada —masculló Granger, temiendo que le cayera otro de aquellos golpes contundentes.

—La policía estatal está buscando a los tres intrusos atacantes, ya sabes: allanamiento de morada, amenazas con arma y violencia física con contusiones certificadas por el médico; es suficiente para que pases una temporada en la cárcel. Además, claro está, se investigará la muerte del padre de la chica y la temporada a la sombra será mucho más larga.

—Yo no he sido.

—¡Yo sé quién ha sido!

—¿Ah, sí, entonces por qué preguntas?

—Quiero conocer los motivos.

—No sé nada.

—Lo que buscaban los tres tipos es que deje de investigar, eso está claro, pero quiero los móviles del asunto.

—Te has equivocado de personaje.

—No, Granger, tú sabes mucho y recibirás la peor parte cuando las cosas se pongan feas.

—Nada se puede probar contra mí.

—Eso lo dirá el juez y el jurado.

—No sabes nada, sólo fanfarroneas.

—Sé más de lo que imaginas, y le diré a Murray Donaldson que has sido tú quien me lo has contado todo.

Al oír aquel nombre, Granger palideció.

—No.

—Sí.

—Yo sólo soy el ayudante del doctor Hatmartin.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que el asunto lo llevan entre Murray Donaldson y Hatmartin.

—Pero ¿cuál es el asunto exactamente?

Un brillo saltó a los ojos de Granger: había intuido la salvación.

—Murray Donaldson está muy grave, y el doctor Hatmartin lo está tratando.

—Todos tenemos que morir.

—Pero Murray Donaldson es importante, maneja mucho dinero. Sus zarpas están metidas en muchos Bancos, no sólo de la ciudad y del Estado sino de toda la nación y fuera de Estados Unidos también. Si se sabe que está grave, muchos negocios se tambalearán.

Era una explicación bastante lógica; la posible muerte de un financiero tan importante como Murray Donaldson haría tambalear muchos negocios.

—Está bien, ya lo averiguaremos mejor.

—Si se divulga la noticia, date por muerto. Hay muchos millones en juego —silabeó Granger.

—Ya, muchos millones en juego, y tú recibes tu parte. Es muy generoso Murray Donaldson. Por cierto, ¿de qué se muere?

—No lo sé.

—Mientes.

—El caso lo lleva el doctor Hatmartin, yo no soy ni siquiera médico.

—Lo sé.

—Me utiliza como chófer y no sé nada; lo llevan en secreto.

—Pero ¿por qué un hematólogo?

—Será porque al financiero se le pudre la sangre.

—¿Leucemia?

—Quizás.

—No estoy convencido del todo, y seguiré investigando por qué asesinaron a J.

J. Adamson.

Granger no dijo nada y Max abandonó la habitación.

En el estacionamiento vio a la chica hinchando un globo de chicle. Ella le sonrió después de reventar el globo y acercándose, preguntó:

—¿Me llevas? Soy muy, pero que muy obediente...

CAPÍTULO X

El doctor Hatmartin residía en un confortable y amplísimo apartamento en el centro de la ciudad, ubicado en un gran edificio sólo apto para altos ejecutivos, hombres que, como él, podían pagar cifras muy elevadas lo mismo de alquiler que de compra.

En aquel lujoso apartamento, los grandes ventanales desde los cuales se contemplaba la ciudad estaban herméticamente cerrados con cristales de una pulgada que ni un balazo hecho a distancia podía traspasar.

El aire penetraba por conductos adecuados y un aparato sofisticado lo filtraba, quitándole las partículas sólidas en suspensión, reducía su humedad, y lo oxigenaba ligeramente, de tal modo que la respiración allí dentro era óptima.

Lo malo era que al salir a la calle, los pulmones notaban la brusca diferencia, y resultaba más fácil pillar un catarro.

—No le conozco, no tengo por qué recibirle —le dijo Hatmartin a la empleada de hogar que cuidaba del apartamento.

—Pronto me conocerá —dijo la voz de Max detrás de la empleada.

—Eh, le he dicho que esperara —se quejó la mujer.

—¿Cómo ha pasado el control de la portería?

—Tengo mis pequeños trucos, doctor —respondió Max, sentándose en una butaca—. Muy cómoda —opinó.

—¿Trucos? Márchese de inmediato o llamo a la policía.

—Puede llamarla, hablaremos todos de Murray Donaldson. ¿Qué le parece la proposición?

—Váyase —dijo el médico a la empleada.

—¿Aviso a alguien, doctor?

—No, no avise a nadie. Yo atenderé a este hombre.

La mujer, de más de cuarenta años, observó con recelo a Max. Debía de tener una fe y una devoción casi religiosa por el doctor

Hatmartin.

Cuando estuvieron solos, Max ironizó:

—Seguro que aquí deberá de tener usted un *whisky* excelente.

—Disculpe que no le sirva un trago: es que espero que se marche usted rápido.

—La policía está investigando el asalto de tres tipos a un cottage.

—¿Y a mí qué me cuenta?

—Doctor, es usted un hombre inteligente y sé que es sincero, pero hasta cierto punto...

—¿Quiere explicarse mejor?

—Sé que está tratando al poderoso financiero Murray Donaldson.

El doctor Hatmartin quedó tenso, palideció un poco y buscó la pitillera en la mesa que tenía cerca. Encendió un cigarrillo sin ofrecer a su visitante.

—Supongo que la obligación de un doctor es curar a sus pacientes.

—Supone bien.

—Hay pacientes que no desean que se sepa que están enfermos.

—Sigue suponiendo bien.

—Y que los médicos deben guardar secreto de las enfermedades de sus pacientes.

—Por ahora, ya tiene aprobado seguro.

—Lo que no entiendo es por qué hay que desmadrar la situación y liquidar a alguien.

—¿Liquidar a alguien? Ahora tengo que suspenderle.

—Le decía antes que tres hombres asaltaron un cottage; en realidad, iban por mí. Me golpearon, pero pude escapar de lo más grave de la paliza. Imagino que querían dejarme idiota para siempre y con unos cuantos huesos rotos, ya me entiende, para que no pudiera andar el resto de mi vida, me ingresaran en un centro de subnormales poco más o menos.

—No sé nada de ese asunto.

Siguió fumando con algo de nerviosismo, aunque pretendía controlar sus nervios. Max lo miraba directamente y estaba seguro de que el doctor Hatmartin se sentía tan seguro como si estuviera entre arenas movedizas, pero no pedía socorro.

—A Elsa. Adamson la amenazaron y golpearon también. Todo está registrado por la policía del Estado. Tenemos certificados médicos y fotografías de los tres atacantes. Por cierto que a uno de ellos lo reconocí enseguida. Fue aspirante al título mundial de los pesos pesados hace algunos años. No era un hombre de gran clase, pegaba bien pero se defendía mal. Se llama John Brown Smith, un nombre terriblemente vulgar, no podía tener otro peor, por eso se hacía llamar Urson. Desapareció de los cuadriláteros porque se vendió, se notó mucho y le quitaron la licencia. Por eso y para poner tierra de por medio y otras cosas, se fue al Vietnam como Boina Verde, un gorila como él impresionaría a los pequeños indochinos, pero ya ve, doctor. Con Urson incluido entre los Boinas Verdes, perdieron.

—No me interesa esa historia.

—A mí sí, porque Urson me amenazó y me golpeó; claro que yo repliqué. Cuando lo juzgue oportuno lo detendrán. Ya sé que la fotografía no es suficiente para condenarle, pero me temo que ese exboxeador puesto a matón no es de los que aguantan un interrogatorio. El caso es que averigüé dónde estaba, es mi profesión. Soy reportero y me enteré de que Urson, o John Brown Smith, como quiera llamarle, trabaja para Murray Donaldson. Son demasiadas coincidencias, doctor.

El doctor Hatmartin le miró a través de sus cristales con algo más de dos dioptrías.

Max pensó que algo debía de hacerse en el cabello para que apareciera tan perfecto. Había que cuidar la imagen y aquel médico no la descuidaba en absoluto.

—Si Murray Donaldson envía a sus hombres a barrer buscapleitos, hombres que se metan en su vida particular, es su problema y no el mío. Supongamos que yo le atiendo y eso es todo por mi parte.

—Doctor, creo que hay algo más oscuro y sucio en todo este asunto, algo que aún no alcanzo a ver plenamente. El padre de Elsa Adamson murió asesinado, de eso no me cabe duda.

—¿Y la policía no ha encontrado al culpable?

Max prefirió no decir que el juez había fallado en contra del propio muerto, tal como lo había preparado el sargento Brinner.

—No. El culpable o culpables están libres.

—Y usted se pone a hacer de Robin Hood...

—El hombre muerto también era reportero. Y aseguró que tenía un gran reportaje, un reportaje de escándalo en el que estaban involucrados Murray Donaldson, usted, Granger y otros más.

Al doctor Hatmartin le tembló el cigarrillo en los dedos, él mismo lo notó y quiso disimular arrojando la ceniza en el cenicero.

—Pero antes de que contara más cosas lo mataron —prosiguió Max.

—Eso es mucho suponer, ¿no?

—¿Qué, le va pareciendo más interesante la charla?

El doctor Hatmartin se acercó al mueble bar, preparó dos vasos y escanció *whisky* en ambos.

—¿Con hielo o soda? —preguntó.

—Las dos cosas.

El propio médico preparó las bebidas. Después, tendió el vaso a Max.

—Espero que sea de su gusto, es el mejor *whisky* que se puede encontrar en toda la Unión. Me lo envían desde una destilería de la mismísima Escocia, no es botella para la exportación, sino un trato de favor que me hacen.

Max bebió. El doctor Hatmartin bajaba la guardia esperando quizá el momento de contraatacar. De lo que no cabía duda es de que se había dado cuenta de que no podía eludir el enfrentamiento.

Max sabía ya muchas cosas y, por otra parte, era un reportero, y para un hombre como él que deseaba cuidar y cultivar su imagen pública para acceder a grandes premios, un reportero que publicase en revistas de gran tiraje podía ser peligroso.

—¿Sabe bien?

—Sí, doctor, no me cabe duda de que tiene un *whisky* inmejorable, pero la semana pasada tomé uno que se parecía mucho a éste, palabra.

—¿Traído de Escocia?

—No, era japonés.

El doctor Hatmartin carraspeó.

—Bien, se habrá dado cuenta de que si hay problemas, son problemas propios del paciente, nada tengo que ver con ellos. No vea fantasmas donde no los hay.

—Hay una parte de la historia que todavía no se la he contado.

Si le parece, hablamos de Granger.

—Granger es mi ayudante y sus problemas personales no me afectan.

—Toma cocaína.

—Ya le he dicho que sus problemas no me afectan.

—Cuando toma cocaína mueve demasiado la lengua, es decir, habla en exceso.

—¿Ah, sí? —preguntó, aparentando indiferencia, pero atento como un animal al acecho que espera ser atacado en el momento menos pensado.

—Dejemos aparte que vive muy por encima de sus medios normales, vamos, que lo que gasta no sale de su salario como ayudante investigador del

I. H. L.

—Insisto en que sus problemas no me incumben.

—Granger le pegó una paliza a una mujer de vida desgraciada, y por poco la mata. Al parecer, se arrepintió de haber hablado demasiado y tuvo miedo; volvió a tomar cocaína, esta vez para convertirse en un sádico golpeando a aquella pobre mujer.

—No es ésa la opinión que tengo yo formada de Granger.

—Granger es un cobarde que necesita la cocaína para ofrecer una imagen de sí mismo que no es la real.

—Todos tenemos problemas psicológicos más o menos ocultos.

—La mujer está muy resentida; si usted viera la cara que le dejó Granger, da verdadera pena. Ahora, nadie puede reprocharle que quiera hablar de lo que él dijo y que además quiera hundir a Granger. Es lo lógico, ¿no cree, doctor Hatmartin?

—Si es como usted cuenta, pudiera ser —respondió una vez más, sin comprometerse.

—No dude de que es como le digo. Yo he venido a informarle como era mi obligación y ya lo he hecho; sin embargo, es una lástima que usted no haya querido corresponderme tan amablemente como yo lo he hecho. De todas formas, llegaré al fondo de este asunto se oponga quien se oponga, y si usted está involucrado, caerá lo mismo que los demás. No lo dude, doctor Hatmartin.

El doctor Hatmartin hubiera querido pedir algo, pero se parapetó tras sus gafas y siguió fumando sin decir absolutamente

nada.

CAPÍTULO XI

El doctor Hatmartin descendió los peldaños de mármol de la lujosísima mansión del financiero Murray Donaldson.

Iba preocupado, aunque intentaba disimularlo.

Granger le aguardaba al volante del majestuoso «Mercedes Benz».

Granger mascaba chicle; estaba receloso.

El doctor Hatmartin entró en el coche y dos de los vigilantes de la mansión subieron también al vehículo, uno junto al conductor y el otro al lado del médico.

Granger miró al que se había puesto a su lado y éste sonrió.

El doctor sólo dijo:

—Vámonos.

Granger hizo avanzar el coche hacia la salida.

—¿Adónde le llevo, doctor?

—A mi residencia, como siempre.

Aquella orden le tranquilizó en cierto modo y condujo con más normalidad.

Cuando llegaban ya al edificio de lujosísimos apartamentos, se detuvieron frente a un semáforo. El sujeto que se hallaba junto al médico le dijo a éste:

—Puede apearse aquí, doctor; el resto, andando.

—Sí —abrió la portezuela despidiéndose—: Hasta mañana, Granger.

Granger quedó sorprendido ante aquella situación. Miró a un lado y a otro y el hombre que estaba sentado a su lado le indicó:

—Se ha puesto verde, en marcha.

—¿Qué significa esto?

—Significa que si cometes una torpeza te mueres; así de simple.

En la mano de aquel hombre vio una pistola «Browning»; no le gustó nada, se puso nervioso.

—Pero ¿qué pasa? —inquirió.

—Nada, que te acompañamos hasta el muelle catorce.

—¿Muelle catorce? ¿Y qué hay allí?

—Es un muelle y hay barcos, elemental.

—Yo sólo soy chófer del doctor Hatmartin. Si queréis ir al muelle, coged un taxi.

—¿Has oído a éste? Encima quiere hacerse el gracioso.

El que viajaba en el asiento posterior, dijo:

—Si te portas bien, esta misma noche estarás con tu mujercita o con la furcia de turno sin problemas. En cambio, si te pones tonto, te van a doler demasiado las piedras para poder pensar en mujeres y si haces alguna estupidez conduciendo, entonces te mueres como ha dicho mi compañero.

La pistola que le apuntaba le hizo pensar que era mejor obedecer; aún no tenía vocación de muerto.

Rodó hacia el muelle indicado.

Pudo comprobar que en aquel muelle había barcos oscuros y oxidados que aguardaban para ser transportados a los lugares de desguace.

Oscurecía. Se encendieron unas farolas altas que brindaban escasa luz.

Cerca no se veía ningún vigilante. Comenzó a lloviznar y Granger sintió en sus carnes el frío del miedo.

—Acércate a aquel barco azul oscuro y párate.

Cada vez más nervioso, Granger obedeció.

Cuando se hubo detenido, la mano rápida del sujeto que iba a su lado quitó las llaves de contacto del coche.

—¿Por qué?

—Apéate.

—Podemos hablar aquí dentro —propuso tartamudeando.

—Apéate. Hablaremos mejor ahí en el barco.

—¿Por qué? Os puedo decir lo que queráis.

—No te pongas pesado. Granger o tendré que pegarte un tiro.

La amenaza fue reforzada por la pistola que se apoyó contra la oreja de Granger, que prefirió obedecer.

Al salir del coche, notó la fina lluvia en su rostro y le entraron unos enormes deseos de correr, de escapar, de ponerse a gritar.

Granger fue empujado hacia el barco azul oscuro, un barco

oxidado que ya nunca más saldría del puerto. Una pasarela se introducía por la boca de carga de la bodega que quedaba casi a nivel del suelo del propio puerto.

—Os diré lo que queráis.

—Camina.

Granger pensó en arrojarse al agua, pero si caía entre el barco y la pared del muelle, le dispararían y lo asesinarían sin dificultad alguna y él deseaba vivir.

Los dos matones parecían saber muy bien por dónde caminaban, y empujaron a Granger hasta la sala de calderas, iluminada por unos faroles de queroseno, como si alguien ya hubiera previsto tal visita.

Y así era, efectivamente; allí había un hombre vestido con ropas sucias y la cara tiznada. Le faltaba una mano, suplida por un tridente de garfios y cojeando ostensiblemente.

—Nuestro amigo es Dennis. Sufrió un accidente de máquinas. Pasó toda su vida en las calderas de los barcos y ahora el pobre está en la miseria. Así es que le va muy bien ganarse unos dólares de vez en cuando.

—Pero ¿qué es lo que queréis? —inquirió Granger temblándole la voz, retrocediendo hasta que un complicado lió de tubos se lo impidió.

—Te fuiste de la lengua, ¿verdad, Granger? —le dijo más que le preguntó uno de los dos matones.

—¿Yo?

—No te hagas el idiota —masculló el otro.

—Sabemos perfectamente que tú te has ido de la lengua. —Yo no he dicho nada grave...

—Se lo dijiste a una zorra. ¿No es así, Granger? —preguntó el que llevaba la pistola en la mano, moviéndola como si estuviera habituado a sostenerla entre los dedos.

—¿Ah, es eso?

—Pues claro que es eso —le replicaron.

—Bueno —sonrió, tratando de contagiar su sonrisa a los demás —. Yo había bebido un poco y fui más locuaz de lo ordinario.

—Tú no bebiste, Granger.

—¿Ah, no?

El de la pistola puntualizó:

—Te calentaste con coca.

—Bueno, eso es cierto. Para determinadas ocasiones... —En las ocasiones en que te sientes tímido te lanzas a la coca y eso es malo cuando no se sabe controlar la lengua—. Le pedí a la zorra que no dijera nada.

—Le diste una paliza.

—Era una forma de advertirle que si hablaba le iba a pasar algo desagradable.

—Lo malo es que ahora ella quiere vengarse.

—La muy puta...

—Bien, Granger. ¿Qué le contaste?

—Pues que ganaba mucho dinero con el cáncer de Murray Donaldson.

—¿Y qué más? —Le exigieron.

—Nada más.

—Eso ya lo averiguaremos.

Granger sudaba y allí no hacía calor. El barco estaba helado como una tumba.

—¿Quién es la zorra?

—La llaman la Nurse...

—¿Y dónde está?

—En el Red Chair, en la 115 Street.

—Veo que colaboras. ¿Y dónde vive?

—En una pensión de la 112 Street, junto a un comercio de botas de lluvia. Es fácil dar con ella.

—Magnífico. Y ahora, ¿qué más has vomitado por esa sucia boca?

—Nada más. Ya os he dicho todo. Vuestro patrón no tiene por qué sentirse inquieto.

El tal Dermis se había movido por detrás de él y con una barra le dio en la cabeza.

Granger se llevó las manos a la parte afectada, se tambaleó, trató de agarrarse a uno de los tubos y al fin cayó.

—Vamos, adentro —masculló Dennis.

Abrió la compuerta de una de las calderas. Agarró con la mano y los garfios a Granger, que gemía con los ojos cerrados y le manaba abundante sangre de la herida de la cabeza. Lo introdujo en la caldera, una caldera fría que hacía largo tiempo que no era

utilizada, pues sería desguazada como el resto del buque.

—Termina con él —ordenó el de la pistola al maquinista frustrado y sicópata que debía de pasar sus horas muertas de buque en buque, buques que, al igual que él, ya no zarparían jamás.

Arrojó un bidón de plástico al interior de la caldera y éste comenzó a vaciarse.

Granger recuperó el sentido. Todavía medio aturdido, miró en torno suyo recordando dónde estaba y dónde había sido introducido.

En la boca de la caldera aún abierta se podía ver la cara del maquinista loco y algo más atrás la de los dos matones.

Olfateó la gasolina y gritó:

—¡Nooo!

En cuclillas, se lanzó contra la puerta, justo cuando el maquinista arrojaba uno de los faroles de queroseno encendido dentro de la caldera.

El cristal se rompió cuando Granger sacaba su mano fuera de la caldera. Desde el exterior cerraron la puerta con violencia, atrapándole la mano.

—¡Nooo! —rugió Granger, lleno de desesperación.

De súbito, se produjo la deflagración.

Las llamaradas escaparon por entre las aberturas de la compuerta mal cerrada.

La mano quedó rodeada de fuego, y el propio Dennis lanzó un alarido de dolor, pues las llamas le lamieron.

Soltó la tapa y ésta se abrió, pero Granger, metido dentro, envuelto en llamas, ya no pudo salir y se agitó dantescamente.

Los matones de Murray Donaldson lo vieron quemarse vivo sin inmutarse. El viejo Dennis, alcanzado por el fuego, gemía.

El individuo de la pistola apretó a la frente de Dennis y disparó.

La detonación halló muchos ecos en la sala de máquinas de aquel buque sin vida.

—¿Qué has hecho? —le preguntó el otro.

Dennis, incrédulo, se había quedado con los ojos abiertos, un orificio en la frente y una bala alojada en el cerebro, un cerebro destrozado pues el plomo de la pistola había rebotado en el interior de la bóveda craneana, dando varias vueltas.

—La pistola tiene el número borrado —dijo, y la arrojó sobre el

cuerpo de Granger, que se carbonizaba por la acción de la gasolina que ardía dentro de la caldera.

—¿No la identificarán?

—Seguro que no.

Se escucharon varias detonaciones. La pistola, calentada por el fuego, danzó macabramente.

Abandonaron el barco. Por una chimenea, apareció humo, humo en el que nadie iba a fijarse.

Fueron hacia el automóvil «Mercedes Benz» de gran lujo. Se introdujeron en él y pusieron la llave en el contacto.

Le dieron media vuelta, pero en vez de arrancar el motor, comenzó a sonar el claxon con intermitencia de alarma.

—¡El muy hijo de perra! —masculló el que estaba al volante.

CAPÍTULO XII

Aqué! era un día más en el gran aeropuerto. La gente iba y venía, los viajeros eran cantidad y lo mismo los que iban a recibir o despedir.

Las maletas se deslizaban por la cinta transportadora, y la voz de la azafata de tierra no hacía más que repetir cada mensaje en varios idiomas.

La Nurse llevaba unas enormes gafas de sol que le cubrían algo más que los ojos. Además, el flequillo le llegaba hasta la montura, por lo que sólo se le vela la nariz. La hinchazón de la boca estaba disimulada con mucho *rouge*.

—Es necesario que emigre, ¿verdad?

—Creo que sí —asintió Max.

—Triste vida la mía —suspiró—. Menos mal que no estoy controlada por el sindicato, si no, tendría que dar muchas explicaciones.

—Cambia de vida.

—¿Para qué? —Le miró con asombro.

—No sé, para no hacer lo mismo que hasta ahora. Puedes atender un restaurante para automovilistas, un motel, mil cosas.

—¿Sabes? Soy una desgraciada, pero me he acostumbrado a gastar el dinero fácil.

—Siempre puedes hacer algún extra si lo necesitas. No es lo mejor, pero si tú lo deseas...

—Es muy difícil cambiar de vida. Max. Tengo más años de los que imaginas.

—Dicen que el mejor consejo es no darlo, pero si tienes que marcharte.

—Te enviaré mi dirección y testificaré lo que sea necesario.

Max se dejó besar por la Nurse, y ella se alejó contoneandose ostensiblemente, llamando la atención con el movimiento de sus

nalgas abultadas.

Max se convenció de que la Nurse no cambiaría de vida.

Regresó al estacionamiento donde le aguardaba Elsa dentro del automóvil amarillo.

—¿Se ha ido?

—Sí —se sentó al volante—. Después de lo que ya he dicho, ella corría un gran riesgo. Los hombres de Murray Donaldson la buscarán.

—¿Para matarla como a mi padre?

—Es probable.

Dio al contacto y el motor respondió, poniéndose en marcha.

—¿Tan importante es que nadie sepa que Murray Donaldson se está muriendo?

—Supongo que es importante, pero estoy seguro de que hay algo más, algo más oscuro, algo en lo que sin duda está implicado el doctor Hatmartin.

—¿Qué es, qué es?

—No lo sé. Tu padre tomó el cabo de esta madeja a partir de la Nurse, pero debió meter las narices en alguna parte para enterarse de más cosas, puesto que estaba muy seguro de lo que sabía.

—¿Y dónde crees que pudo averiguar lo que nosotros ignoramos? He buscado la agenda de papá y ha desaparecido, quizá esté en el fondo del muelle.

—En las averiguaciones de los reporteros, la suerte ayuda mucho. Por supuesto, el saber esperar y tener buenos contactos es fundamental. Ya pensaremos en algo. Ahora, podemos almorzar en el *snack* que hay junto a la redacción.

—Me parece bien.

Cuando entraron en el *snack*, se encontraron con el sargento Brinner que hurgaba entre sus dientes con la punta de un palillo y miraba hacia Max con sonrisa de suficiencia.

—Al fin le encuentro —rezongó.

—¿Me buscaba, sargento?

—Sí. ¿Podemos hablar?

Los tres se sentaron a una mesa.

—Me pasaron un mensaje en la estación de policía.

—Ése era mi deseo.

—¿Por qué quería que buscase a Granger?

—Creo que se ha metido en problemas.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Un pajarito.

—No se haga el gracioso y dígame qué sabía de Granger.

—Pues, que trabaja en el Investigation Hematologic Laboratory a las órdenes del doctor Hatmartin y ambos visitan muy a menudo al financiero Murray Donaldson.

—¿Murray Donaldson, qué tiene que ver con todo esto?

—Los tres gorilas que nos atacaron en el cottage de Elsa son matones a sueldo de Donaldson.

—¿Seguro?

—Sí, tenga, tres fotografías, aunque ya sé que no sirven como testimonio. También entregué fotografías de éstas a la policía estatal que lleva el asunto.

—Está involucrando a todo el mundo en sus pesquisas de reportero.

—Es para que luego no digan que no colaboro con la policía.

—¿Qué pretende con todo esto?

—Descubrir al asesino del padre de Elsa.

—El juez falló el caso, fue accidente en estado de alcoholismo y con coche robado.

—Opino lo contrario.

—¿Ha encontrado pruebas para que el juez abra de nuevo el expediente?

—Aún no.

—Bien, no nos apartemos del tema. Quiero hablar de Granger.

Elsa frunció el entrecejo.

—¿Es un interrogatorio?

—No, no es un interrogatorio, todavía. Pero el tema lo ha suscitado Max.

—Verá, he tratado de ponerme en contacto con Granger, que ha desaparecido, por eso le pasé el aviso a usted, sargento.

—¿Y para qué quería verle?

—Para hacerle preguntas.

—¿Sobre qué?

—Sobre Murray Donaldson y el doctor Hatmartin. Creo que Granger es un cobarde y terminará contándolo todo.

—¿Qué es ése todo?

—Si lo supiera, se lo diría.

—¿De veras no lo sabe?

—No, no lo sé.

—Pues Granger no se lo va a poder contar.

—¿Lo ha encontrado?

—Sí.

—¿Y no quiere hablar?

—Digamos que no puede.

—¿Por qué?

—Sus restos están en la Morgue. La identificación tiene que confirmarse con radiografía de huesos. El cadáver estaba quemado.

—¡Dios mío! —exclamó Elsa.

—Ha sido un hallazgo casual. Un patrullero que circulaba por el muelle catorce pudo oír un claxon intermitente de un vehículo al que sin duda alguna se le había disparado la alarma. Cuando llegaron junto al coche, el ladrón o los ladrones ya no estaban. Las portezuelas se hallaban abiertas, y las llaves, en el contacto. Es uno de esos coches que llevan una alarma que se dispara al accionar la llave del contacto si antes no se mueve un resorte que está escondido en el lugar menos pensado. El motor no arrancó y el claxon comenzó a armar escándalo. Los ladrones, al percatarse de que pese a tener las llaves no podían llevarse el coche, se dieron a la fuga.

—¿Y Granger estaba dentro? —preguntó Max.

—No, no estaba dentro. Al enterarme de que el coche hallado con intento de robo era el de Granger, decidí acudir al lugar con un par de detectives. Nos llamó la atención un barco al que se podía entrar mediante una pasarela. Entramos y vimos luces de petróleo. Llegamos a las calderas y encontramos a un hombre muerto de un balazo.

—¿Era Granger? —dijo Elsa.

—No, era un tal Dennis, conocido en los muelles, un tipo algo loco que perdió una mano y tuvo cojera a partir de un accidente dentro de un buque. Notamos que la caldera estaba caliente, la abrimos y vimos el cadáver. El anillo, el reloj, los restos de los zapatos, en fin, hay cosas que la mujer de Granger ha podido identificar. Sabemos que es él, pero falta la identificación definitiva. Un caso muy desagradable. ¿Qué puede decirnos sobre esto, Max?

—Que, como usted dice, es muy desagradable, pero no me extraña.

—¿Cree que pudieron hacerlo los matones de Murray Donaldson?

—Es una posibilidad.

—Sin embargo, el caso es claro. Granger encontró en el barco a Dennis, el maquinista manco, que estaba loco. Éste debió darle un golpe con una barra de hierro. Se han encontrado manchas de sangre y restos de cabello en una barra de hierro, y luego lo metió en la caldera para quemarlo.

—¿Por qué? —preguntó Elsa espantada.

—Nunca se sabe lo que puede hacer un hombre loco como Dennis, pero Granger despertó a tiempo, y como llevaba una pistola consigo, disparó contra Dennis, matándolo.

—Si hubiera sido así habría escapado —le objetó Elsa.

—No, porque un farol roto prendió fuego a la gasolina y Granger ya no pudo escapar. Murieron los dos asesinándose mutuamente.

—¿Cree que es lo que fallará el juez, sargento Brinner?

—Posiblemente —asintió el policía a Max.

—A mí me parece un plan perfecto.

—¿No cree que sucedió como le he contado, verdad? —preguntó el sargento, al borde del sarcasmo.

—No, no lo creo.

—Me da la impresión de que usted me está moviendo como a un muñeco de guiñol para que haga lo que usted desea, y no voy a seguirle el juego.

—Yo sólo le comunico hechos. Granger había desaparecido, ¿no es así?

—Sí, y podría llevarle a la estación de policía para someterle a un interrogatorio a fondo. Sabe demasiado y pudiera ser que hubiese estado presente en el momento del crimen o doble crimen para ser más exactos.

—No cometerá esa torpeza, sargento Brinner. Sabe que yo no le diría más de lo que le he dicho.

—De acuerdo, Max. Pero tengo la impresión de que usted va a ser el próximo que entre en la Morgue con los pies por delante.

CAPÍTULO XIII

El doctor Hatmartin había llegado nervioso a la mansión del financiero Murray Donaldson.

Murray Donaldson se había divorciado de su primer matrimonio, y su esposa había muerto años después.

De ella había tenido dos hijos varones, que estudiaban. Ya hacían sus pinitos en el mundo de las finanzas, pero en la actualidad no vivían con su padre.

Parecía como si éste los mantuviera alejados para que se forjaran con dureza, aunque los tenía bien vigilados por sus hombres.

Murray Donaldson se había vuelto a casar, y su segunda mujer había muerto en un accidente de automóvil, acompañada de su amante, y pese a las sospechas, nadie se había atrevido a sugerir que el accidente pudo ser provocado.

El caso era que Murray Donaldson, después del escándalo profusamente aireado por los periódicos de la muerte de su mujer en compañía del amante, había preferido no volver a casarse.

Sabía bien que el financiero era un hombre duro, implacable.

Su mundo eran los negocios, y en su propia vida personal, para los demás, no tenía piedad ni consideración alguna.

Si invertía dólares en algo, era porque lo consideraba rentable de una u otra forma y tapar bocas con dólares siempre era rentable, tan rentable como invertirlos en terrenos.

La utilización del soborno a través de mediadores, de hombres de paja, era habitual en Donaldson. De este modo se evitaba problemas y las puertas se abrían antes de que llamase al umbral de las mismas.

Para el financiero, el dinero era como una bola de nieve que al rodar por la pendiente engordaba, sin detenerse nunca. Sólo que él intuía que al final había rocas, muchas rocas, y contra ellas se

estrellaría la ya monumental bola de nieve que todo lo arrastraba.

El doctor Hatmartin esperaba en la antecámara, nervioso. Miró su reloj.

Las gafas no conseguían ocultar sus ojeras. Había dormido muy mal y su rostro revelaba fatiga e inquietud, aunque su indumentaria continuaba tan impecable como siempre.

Al fin se abrió la puerta tapizada y aparecieron dos jóvenes sonrientes y hermosísimas, una rubia y otra morena, ambas delgadas y elásticas.

La diferencia entre ambas era la estatura. La rubia le llevaba casi palmo y medio a la morena. Ambas parecían muy amigables y salían vestidas con batas ligerísimas.

Miraron al doctor Hatmartin y le sonrieron, alejándose cuchicheantes.

Escuchó la voz de Murray Donaldson, que debía estar hablando por el teléfono de intercomunicación.

El médico no pudo más y se levantó de la butaca, entrando en la alcoba que olía a perfumes. Había ropas tiradas por los suelos, sobre las costosísimas alfombras.

La puerta del lujoso cuarto de baño estaba abierta de par en par, y podía verse el mármol, los grifos de oro macizo, la gran bañera circular cincelada en mármol rosa de un solo bloque, una bañera de casi tres metros de radio.

—Le advertí que esto no era bueno para su salud —gruñó.

El financiero, que estaba en la cama con el teléfono en la mano, se lo quedó mirando como un emperador romano ante un esclavo que le hace una reconvención.

Optó por echarse a reír sonoramente mientras colgaba el teléfono.

—Se me van los años, doctor. Se me van los años y la salud. ¿Cree que voy a dejar de aprovechar las escasísimas veces que me siento potente como un joven? ¿Pretende que me aguante y deje pasar el tiempo marchitándose mis piedras? ¡Nooo!

—Se agota, y estamos tratando de recuperarle —insistió molesto.

—Es inútil, doctor. Pasarán días, semanas, es cierto, pero cuando yo note que estoy bien, volverán a traerme el placer a esta alcoba. Disfrutaré todo lo que pueda, por eso cojo a dos chicas, para vivir al

máximo estos momentos. Ha sido realmente estupendo: hacer negocios y gozar en la cama, son mis dos grandes pasiones. No me quite ni lo uno ni lo otro, aunque sé que las gozadas de cama se acabarán antes.

—Durarán menos de lo que cree, si abusa. Usted es un leucémico.

—Doctor, usted ha detenido la enfermedad y va a curarme. ¿No es así?

—Estoy haciendo lo que puedo.

—Está haciendo lo que puede y más porque yo he abierto el grifo del oro en sus bolsillos.

—El Interferon que le inyecto no tiene precio.

—El Interferon no tendrá precio, pero usted sí, doctor, usted sí.

—¿Sabe lo que vale un gramo de Interferon?

—Sí, sí, ya me lo contó, millones de dólares, pero yo le estoy pagando mucho. Claro que, si sigo viviendo, si todavía puedo gozar con chicas como las que se acaban de ir, no me importa pagar.

—Para obtener un gramo de Interferon he de tratar más de trescientos mil litros de sangre. ¿Se da cuenta de lo que eso significa?

—Sí, es mucha sangre, seiscientos mil donantes.

—La sociedad pone en mis manos, en los laboratorios de investigación, la sangre para que la centrifugue, para que extraiga los leucocitos y los fibroplastos. Para obtener un gramo de droga que ataca al cáncer, hay que manipular trescientos mil litros de sangre, con todo lo que eso representa.

—Pero luego, usted devuelve la sangre para transfusiones, ¿no es así?

—Sí, una vez extraídas las materias que preciso para conseguir el Interferon, devuelvo la sangre para que se utilice. Pero esa sangre la ponen de buena fe en mis manos creyendo que soy honesto, y sin embargo, le estoy inyectando el Interferon a usted en grandes cantidades cuando mi obligación es distribuirlo en investigaciones múltiples.

—Bueno, un gramo en un año, y a mí sólo me aplica un cuarto de gramo en todo el año. No es mucho.

—El interferon es potentísimo. Con un cuarto de gramo podría tratar a mucha gente. Esa sangre que me entregan es del pueblo, no

está comprada. Yo la utilizo para usted porque me paga.

—¿Qué le pasa, doctor? —inquirió molesto—. ¿Escrúpulos de conciencia a estas alturas?

—Me dijeron que a Granger sólo lo interrogarían y lo han asesinado.

—Ah, conque es eso...

—Ha matado, Donaldson. Ha matado cuando me aseguró que no ocurriría jamás.

—Antes de que muera yo, que la palme otro. Es una buena máxima. ¿No le parece?

—Es usted un cínico.

—Si cínico es el que dice lo que cree mejor, lo soy. ¿Qué más?

—Vamos a cortar, Murray Donaldson.

El rostro del financiero se oscureció.

—¿Qué ha dicho?

—Que voy a suspenderle el tratamiento. Es un sucio fraude que hago a los donantes de sangre, a la sociedad que confía en mi investigación. Le aplico a usted el Interferon que debería dedicar a la investigación clínica, falseo los datos de obtención de cantidades. Un kilo de Interferon podría llegar a valer más de veinte mil millones de dólares y usted no podría pagarlo.

—Ya le he dicho que si no puedo pagar el Interferon, sí puedo pagarle a usted que es quien lo fabrica.

—Se ha terminado. No habrá más Interferon para usted. No robaré más sangre a la sociedad. El fraude que llevo a cabo con sangre de donantes voluntarios para conseguir el Interferon es peor que un asalto a mano armada, y es más indecente y execrable aún porque confían en mí.

—Usted aceptó la situación cuando se lo propuse. Ha gastado mucho dinero mío, vive espléndidamente y ha podido promocionarse para que la Academia sueca del premio Nobel le tenga en cuenta. ¿No es así?

—Sí, pero...

—No hay peros. Está usted tan sucio de mierda que es inútil que busque un jabón lo suficientemente activo para lavar su conciencia.

—Usted no ha cumplido su promesa —insistió el médico—. Ha habido un asesinato del que no sé nada. Pero ahora Granger...

—Granger era un bocazas, se dejaba llevar por la cocaína y no se

podía confiar en él. Ha sido mejor eliminarlo y eliminaré a todos los que se interpongan en mi proceso de curación.

—¿A mí también?

—Doctor, usted tiene un tratamiento especial.

—¿Ah, sí? ¿Cuál es?

—En el momento en que yo muera, usted será ejecutado.

El doctor lo miró fijamente. Sabía que no eran sólo palabras.

—¿Ejecutarme a mí? ¿Qué se obtiene con eso?

—Es una forma para que trate de conservarme la vida. Se dará cuenta de que el dinero es poder y yo lo tengo en abundancia. Una parte sustanciosa irá a manos de una organización, puede llamarla el sindicato del crimen, para que le ejecuten a usted, y no dude que lo harán, lo tengo previsto.

—Sí, le creo capaz de eso.

—No lo dude, doctor, no lo dude. Ahora es mejor que se calme. Ya tengo bastantes problemas. He tenido que hacer una gran inversión para tapar la boca del chantajista que quiere airear el asunto del Interferon. Le estoy haciendo un favor, doctor, porque si se publicara que usted me vende el Interferon a mí, un producto que es del pueblo, del Estado, un producto que se obtiene de los donantes de sangre altruistas, un producto que usted debe investigar pero que no es suyo para lucrarse particularmente con él, lo hundiría. ¿Se lo imagina en primera plana? Lo expulsarían del centro de investigaciones, del colegio de médicos, etcétera, etcétera, etcétera. Aparte de la cárcel, claro.

—¿Y a usted?

—A mí se me perdonaría más que a usted por dos motivos.

—¿Dos motivos?

—Sí. El uno como sentenciado por el cáncer, estoy en el derecho de hacer cualquier cosa para salvarme. Eso sería comprensible.

—¿Y el segundo motivo?

—Mi dinero. Con él podría pagar suficientes reportajes sobre mi persona para que se dulcificara la opinión pública respecto a mí. No le digo que me convirtiera en un héroe nacional, no, no tanto, pero sí saldría bien parado. Además, contarían lo que yo quisiera que contasen, ya sabe, entrevistas especiales, confesiones de un condenado a muerte por el cáncer... Yo diría que usted me alucinó con la posibilidad de recobrar la salud si le pagaba lo suficiente, y

me creerían. Sí, me creerían, porque lo publican muchas revistas y periódicos. Y ya sabe que lo que se repite mucho se acaba creyendo. Así es el pueblo.

—Es usted un canalla.

—No menos que usted.

—Usted fue quien me alucinó a mí con su dinero, con mi posible promoción a la cumbre de la Medicina y los premios internacionales.

—Es posible que fuese así, pero comprenderá que, cuando hay un naufragio, quien le quita el salvavidas a otro se salva. Yo no dudaría en contarle todo a mi manera. Y, no lo olvide: en el momento en que yo muera, usted y el chantajista serán ejecutados. Tendré el supremo consuelo de no irme solo al infierno. Iremos juntos. La vida es una lucha y yo soy un luchador nato. Ahora, doctor, ¿por qué no me inyecta esa disolución infinitesimal de Interferon para que me reponga, para que siga controlando a ese verdugo llamado cáncer, y pueda volver a disfrutar de esas dos bellas chicas que usted debe de haber visto salir de esta habitación?

El doctor Hatmartin, vencido por el financiero, suspiró.

Sacó un estuche de cuero del bolsillo de su chaqueta y lo abrió.

En el interior había una fina aguja hipodérmica y un botellín con tapón de goma.

—Algún día me gustarla... —se calló.

—¿Inyectarme veneno, doctor? —rezongó el financiero Murray Donaldson, mostrándole el pliegue del codo con su vena azulada, mientras se reía de él.

CAPÍTULO XIV

Al volver la mirada atrás, Elsa vio los faros del automóvil encendidos, como dos ojos móviles en la noche, dos ojos que circulaban a gran velocidad.

—Max, creo que nos siguen.

—Eso me ha parecido a mí.

—¿Serán los verdugos de Murray Donaldson?

—Puede que sea el sargento Brinner que no desea perdernos de vista.

—Sólo se ven los faros.

—Así es la noche, Elsa. Veremos si podemos darles esquinazo, sea quien sea.

Aceleró y justo rebasó un semáforo en ámbar, pero el coche que les seguía se lo saltó en rojo.

—El también acelera.

—Veremos qué se puede hacer —dijo Max.

Tomó una empinada calle en curva y subida, haciendo roncar su motor.

Al llegar a lo alto de la cuesta, se lanzó a gran velocidad por la pendiente. A aquella hora de la madrugada, la circulación era escasa, sin embargo, de pronto surgió un taxi que se les cruzó fortuitamente.

Los frenos chirriaron.

El taxista hizo sonar el claxon y el automóvil perseguidor llegó a gran velocidad pero, al parecer, sin intención de detenerse.

Por la ventanilla abierta asomó una mano que lanzó una botella contra el coche amarillo. El vidrio se rompió y estalló el contenido.

—¡Afuera, corre! —gritó Max.

—¡Ag!

Casi de inmediato, ambos quedaron rodeados por las llamas.

Max estiró de la palanca que ponía en marcha el apagafuegos

general en torno al coche, mientras tomaba otro extintor de mano.

—¡Afuera!

—¡Max, me quemo!

La roció con el extintor mientras la empujaba afuera, saltando entre las llamas.

Max la siguió y la roció de nuevo cuando ya las llamas habían prendido en la gabardina y en sus cabellos.

Después de apagarla a ella, se apagó a sí mismo fría y también con rapidez, mientras el extintor fijo del coche intentaba apagar el incendio y el taxista lanzaba el chorro de su propio extintor contra su coche, justo cuando oyeron una fuerte colisión.

Todo había ocurrido en unos segundos.

El camión de la basura había surgido doblando una calle y el automóvil lanzado a gran velocidad por la pendiente, huyendo del crimen que acababa de cometer, no pudo esquivar el choque, estrellándose violentamente contra el frontal del coche y quedando destrozado.

Los ocupantes que no llevaban cinturón de seguridad recibieron el impacto especialmente en sus cabezas.

Uno se aplastó contra el volante. Otro sacó medio cuerpo por el cristal del parabrisas, golpeándose contra el propio camión. Atrás, el tercero se partió la espalda.

—¡Apártese! —le gritó Max al taxista al comprobar que no conseguían sofocar las llamas del cóctel Molotov.

Apenas el taxista había retrocedido cuando el auto de Max estalló, quedando envuelto en llamas. El depósito del carburante no había podido resistir más.

Los empleados de la recogida de basuras se lanzaron sobre el coche siniestrado, pero nada podían hacer ya y uno exclamó:

—¡Vaya tortazo, han cascado los tres!

—¡Se han convertido en chatarra! —Gruñó otro.

El chófer del camión, todavía conmocionado, pálido y temblándole las piernas, balbuceó:

—Irían a más de cien millas... Están locos.

—Estaban —le corrigieran.

No tardaron en llegar dos patrulleros de la policía, haciendo ulular sus sirenas.

—Por favor, llamen al sargento Brinner —pidió Max.

—¿El sargento Brinner? —inquirió uno de los agentes.

—Sí, de la estación 31 —puntualizó Max—. Hemos sido atacados por el coche que se ha estrellado contra el camión de la basura.

—Es cierto, yo lo he visto —corroboró el taxista—. Les han lanzado un cóctel Molotov, y si no llegan a tener extintores, ahora estarían carbonizados.

—Veamos qué se puede hacer —respondió el agente.

Al sargento Brinner lo vieron en la propia estación de policía.

La llamada de sus compañeros le sacó de la cama, y no vaciló en acudir con un palillo en los dientes.

—Estaba seguro de que no me dejarían dormir tranquilo —gruñó.

—Sargento, ¿tiene ahora una explicación aceptable para lo sucedido?

—No sé —dijo, irónico—. Ya la buscaré. Pero ha habido tres muertos y eso es muy serio.

—¿Han identificado a los muertos?

—Pues sí, han sido identificados.

—Son los gorilas de las fotografías, ¿verdad?

—Creo que sí. Al parecer, esos gorilas le tenían a usted mucho cariño.

—Demasiado —corrigió Elsa.

—Trabajan para Murray Donaldson.

—Eso no quiere decir nada. No podemos acusar al financiero por lo que sus guardaespaldas hagan en horas libres. Sería lo mismo que si los empleados de la Ford cometieran crímenes por la noche, y fuéramos a exigirle cuentas al propio Ford por ello.

—Ha sido una lástima que murieran. Podrían haber declarado.

—Sí, es una pena —admitió el sargento Brinner—. El tortazo ha sido de los que impresionan, pendiente abajo a más de cien millas por la ciudad y contra un camión. Uno de los muertos fue un peso pesado famoso.

—Un gorila a sueldo —le objetó Max.

—No obstante, interrogaremos a Murray Donaldson, pero nos vamos a encontrar con la muralla de sus abogados, y seguro que a él no se le podrá culpar de nada. Además, me llamarán los superiores para que no me exceda en mi celo profesional.

—Lo imagino, sargento, pero yo voy a escribir un reportaje sobre todo este asunto, y no dude que su nombre saldrá en él. De usted depende que la opinión pública simpatice o no con usted.

—¿Es una amenaza?

—¿Amenazar yo a un policía? Vamos, vamos, sargento, no me creará tan estúpido, ¿verdad?

—No, no le creo tan estúpido, y yo haré lo que corresponda. No cabe duda de que usted y la señorita han sido atacados. Hay un testigo, pero los tres atacantes han muerto y se han llevado a la tumba los motivos del ataque. Si desea formular una acusación formal contra Murray Donaldson, le atenderé con mucho gusto, Max.

—Eso sería como proporcionarle a usted una coraza de protección contra las avispas que tiene por abogados el financiero —le dijo Elsa.

—En este momento, no tengo datos suficientes para formular una acusación formal contra Murray Donaldson, sargento, pero cuando los tenga, le avisaré. Quizá eso le ayude a ascender con rapidez.

El sargento Brinner se quitó el palillo de los dientes, sonrió y dijo sinceramente:

—Yo también soy ambicioso. Será un placer llegar a teniente. Y en la próxima ocasión, espero verle tendido en la Morgue, aunque no vaya a creer que es usted mi única posibilidad de ascenso.

Elsa, irritada, le espetó:

—Es usted un cínico.

—Vamos, vamos, no se enfade. En esta profesión, después de patear la noche de los suburbios, se acostumbra uno a todo y se ve la vida de distinta manera. A lo mejor, algún día, hasta descubro que he nacido con corazón.

CAPÍTULO XV

—Le agradezco que me haya recibido, doctor Hatmartin —dijo Max, tomando asiento en el despacho del investigador médico.

—Usted es el hombre más idóneo para que yo le cuente lo que me sucede.

—¿Va a confesar al fin?

—Sí, todo se hunde a mi alrededor.

—¿Ha leído en la prensa la muerte de los tres guardaespaldas de Murray Donaldson?

—Sí, lo he leído y celebro que no consiguieran matarle a usted y a la muchacha que le acompañaba.

—Creo, doctor, que se ha dejado usted arrastrar por la ambición.

—Es cierto. No creí que todo llegara a semejante extremo, pero ya no tiene remedio. Siento vacilar la tierra en mis pies y comienzo a hundirme.

—Le compró Murray Donaldson, ¿no es cierto?

—Sí, sí lo es. Con su dinero creí que me promocionaría y llegaría a la fama internacional. Hoy día, si no se promociona la imagen, no se llega a la cumbre profesional. En realidad, la investigación que estoy llevando a cabo también la hacen otros médicos y científicos en diferentes países de Europa, pero con promoción, con dólares, se puede subir por encima de los demás y alcanzar el premio Nobel.

—¿Ésa era su meta? —preguntó Max.

El doctor Hatmartin le miró con el sentido del rubor.

—Ridículo, ¿verdad?

—Me parece que sí.

—Lo que le voy a decir ya lo he dejado por escrito para que no haya posibles errores.

—Habla como si fuera a morir.

El médico no hizo comentarios al respecto y comenzó a explicar cómo conoció a Murray Donaldson.

—... le inyecto el Interferon. Este producto es de muy difícil obtención. Hay que tratar ciento ochenta mil litros de sangre humana para conseguir medio gramo.

—¿Y vale la pena?

—Sí, es muy activo. Lógicamente, un kilogramo de Interferon vale tantos miles de millones de dólares que ni siquiera todo un Estado puede pagarlos. Hay que centrifugar la sangre de los donantes para extraer los leucocitos y los fibroplastos. A partir de ahí, se obtiene el Interferon mediante una complicadísima técnica de biolaboratorio.

—¿Y los cientos de miles de litros de sangre tratada?

—La sangre tratada vuelve a las botellas para ser utilizada en transfusiones, en eso no queda perjudicada, sin embargo, la sangre se pone en mis manos confiando en que yo haré un uso honesto de ella.

—Y no lo ha hecho.

—No, claro que no. He vendido gran parte del Interferon a Murray Donaldson, se lo he inyectado, yo mismo traicionando la confianza depositada en mí. Con el Interferon que he administrado a Murray Donaldson en tratamiento intensivo contra su leucemia podían haberse iniciado docenas de investigaciones clínicas sobre otros tantos pacientes, y ésa era mi obligación.

—¿El Interferon es eficaz contra la leucemia?

—Está en investigación clínica y parece que sí, claro que el que está condenado a muerte por la enfermedad se aferra a lo que sea y paga el precio que se le pida. Ahora seré expulsado del centro de investigaciones, del colegio de médicos, etcétera, etcétera.

—Ha hundido su carrera por ambición profesional, doctor.

—Así es, pero no puedo volverme atrás. Quede claro que no he participado en ninguna muerte violenta.

—¿En la de Granger tampoco?

—En absoluto.

—¿Quién lo hizo?

—No lo sé.

—¿Seguro?

—Que lo investigue la policía. ¿Publicará esta carta? —Le entregó una carta autógrafa con firma incluida en la que exponía todo lo que le estaba diciendo verbalmente.

—Si usted me lo pide, sí.

—Sí, se lo pido, estoy arrepentido. En la última ocasión ya no le inyecté el Interferon a Donaldson.

—¿Se negó?

—No, le inyecté un producto inocuo. Ahora, la enfermedad detenida es posible que avance y el proceso seguirá adelante. Murray Donaldson ya no podrá gozar con más chicas jóvenes.

—¿Quién mató a J. J. Adamson?

—No sé ni quién es.

—¿De veras?

—Lo juro. Sólo sé que Murray Donaldson me habló de un chantajista a quien tiene controlado, pero ha tenido que invertir mucho dinero para taponarle la boca. En realidad, no sé quién es.

—Para ser un asunto tan oscuro, se ha aireado mucho, ¿no le parece?

—Sí, y creo que la culpa la tuvo Granger al tornarse tan locuaz con la cocaína. De todos modos, no hay escapatoria. Este asunto del Interferon ha terminado. El financiero ha pagado mucho dinero, es cierto, pero ni una centésima parte del valor del Interferon que le he inyectado. Este producto no tiene precio, y ha de distribuirse de una forma justa y social, puesto que se obtiene de donantes altruistas en favor del prójimo.

—No le voy a preguntar qué es lo que hará ahora, doctor.

—¿Quiere hacerme un último favor?

—Usted dirá.

—Dígale a Donaldson que he vuelto, que la última inyección era inocua y que se inscriba en la lista de enfermos para curarse con el Interferon cuando le corresponda el turno, si es que llega a tocarle algún día.

—Así lo haré, doctor —asintió Max, dándose cuenta de que al médico le pesaba la conciencia, y de que un profundo sentimiento de fracaso le envolvía.

Todo se hundía para él. Su carrera como investigador terminaba con aquella publicación de aquella carta, y nadie iba a librarle de tener problemas con la justicia, pues el valor del Interferon hurtado podía estimarse en decenas de millones de dólares.

CAPÍTULO XVI

Murray Donaldson se puso tan amarillo que parecía víctima de un cólico hepático.

Max y Elsa estaban frente a él al otro lado de la gran mesa de su despacho particular, ubicado en la lujosísima residencia que poseía en la parte alta de la ciudad.

—Puede romper esa carta confesión si lo desea, es sólo una copia. El original está perfectamente guardado.

—¿Cuánto quiere por el original? —inquirió entre dientes, desgarrando con sus colmillos cada una de las palabras.

—Nada, no tiene precio, como el Interferon que usted ha consumido egoístamente, acaparándolo mediante soborno. Esta carta a la opinión pública, como el Interferon, es de todos.

—Un millón de dólares —insistió.

—Aunque ofrezca cien.

—Todo tiene un precio.

—Se equivoca, y esta carta será publicada. El doctor Hatmartin ha tirado la toalla en esta lucha; ha confesado, y como ha podido leer, alega que nada tiene que ver con los crímenes que se hayan cometido.

—Es un cobarde —escupió el financiero.

—No lo dudo. De no serlo, no se habría vendido a usted. El doctor Hatmartin sabía que por sus méritos profesionales jamás llegaría a los premios internacionales a que aspira, pero pensó que ayudado por el dinero, por su promoción de imagen, lo conseguiría; sin embargo, los últimos acontecimientos le han abierto los ojos.

—De modo que ahora voy a morir de leucemia...

—Si cree que no sé perder, está equivocado.

—¿Confesará ahora sus crímenes?

—Yo no he matado a nadie.

—Naturalmente, lo han hecho sus verdugos por usted.

—Ellos ya no podrán acusarme.

—¿Aún aspira a vivir y a morir mereciendo el respeto de la opinión pública después de lo que ha hecho?

—¿Por qué no? —Se echó a reír, como recobrando parte de su seguridad:

—Piense que todos los donantes de sangre se sentirán robados por usted y le despreciarán, aparte de que la justicia va a pedirle cuentas.

—Bah, no tengo miedo, mis abogados me defenderán y la revista *News-Holliday* hablará muy bien de mí.

—¿La revista *News-Holliday*, dice? —preguntó Elsa, desconcertada.

—Sí, es de gran tiraje, ¿no?

—Así es —ratificó Max.

—Pues yo soy medio dueño de ella.

—¿Usted? —exclamaron Max y Elsa al unísono.

—Sí, yo. A la revista le hacía falta una inyección de dólares y yo me convertí en su médico...

—Entonces, el chantajista que permanecía en las sombras es...

—Silabeó Max cuando una nueva voz irrumpió en el despacho desde una puerta disimulada tras unas espesas cortinas detrás de las cuales había permanecido oculto.

—Sí, soy yo.

—¡Warlon! —masculló Max con desprecio—. Con razón quería enviarme a Thailandia.

—Había que alejarte de aquí, te estabas poniendo demasiado molesto. El propio Murray Donaldson me lo advirtió.

Elsa miró la pistola que empuñaba Warlon y preguntó:

—¿Cómo has sido capaz?

—La revista se hundía, había que hacer algo. Los gastos crean obligaciones, y las obligaciones más gastos, es un círculo vicioso.

—Entonces, usted asesinó a J. J. Adamson —gruñó Max.

—Era un borracho del que no podía fiarme. Me explicó parte del oscuro *affaire* del financiero Murray Donaldson y el investigador Hatmartin. Menos mal que llevaba el resto de datos cuidadosamente anotados en su agenda.

—¿Y usted robó el coche? —inquirió Elsa temblando de ira.

—Sí. Yo tuve un coche igual a ése y sabía prepararlo. Se lo robé

a un vecino, resultó fácil. Tu padre estaba borracho y no hubo problemas en sentarlo al volante y enviarlo contra el barco. Por otra parte, podía beneficiarme. Sólo había que aconsejar a Murray Donaldson que invirtiera dinero en la revista *News-Holliday*.

—Les aseguro que no he tenido que ver con ese crimen —dijo el financiero con sorna.

Elsa y Max miraban a Warlon, todavía incrédulos.

—Y ahora, ¿qué piensa hacer? —preguntó Max.

—Eliminar estorbos. Ya que no lo consiguieron sus verdugos, Donaldson, me encargaré yo. No es lo mío actuar como verdugo, pero, cuando la situación se pone fea, hay que hacer lo que sea para seguir adelante.

—Tiene usted razón, Warlon, toda la razón —asintió el financiero—. Haga lo que crea más conveniente.

—¡No será capaz de asesinarlos! —exclamó Elsa.

—¿Por qué no? —Gruñó Warlon—. Si ya lo he hecho una vez, puedo repetir.

Nadie se dio cuenta de que el financiero sacaba una pistola cromada de su mesa, pero sí oyeron las dos detonaciones que les sobresaltaron.

Y ante la sorpresa de Max y Elsa, Warlon, con la boca y los ojos muy abiertos, todavía sin comprender lo que acababa de suceder, se tambaleó hasta caer, escapándosele la pistola de las manos.

Ya en el suelo, sobre la alfombra que cubría el despacho, comenzaron a vidriársele los ojos, tomando el aspecto del espejo de la muerte.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Elsa.

El financiero miró la pistola y se puso a reír estentóreamente. Se echó hacia atrás en su butaca y exclamó:

—Salvarles la vida, ¿les parece poco? Warlon era un loco peligroso, un loco asesino... ¿Acaso no mató a su padre, señorita?

—Sí, pero...

—No hay «pero», les he salvado la vida y eso contará mucho a mi favor. ¿No es cierto? —Y siguió riendo.

EPÍLOGO

—Son hermosas las cataratas del Niágara, ¿verdad? —afirmó más que preguntó Elsa, dejándose abrazar por Max.

—Sí, mucho.

—Me pregunto cómo las ha de ver un hombre que sabe que va a morir en breve plazo.

—¿Lo dices por Murray Donaldson?

—Sí, él, que creía haber vencido a la enfermedad, ha tenido una recaída brutal. Logró escapar a la justicia, pero la enfermedad se lo lleva a pasos de gigante.

—Sí, supo escabullirse en el proceso. No en vano tenía buenos abogados. El jurado comprendió que iba a morir de todas formas, y le dejó acabar sus días en un hospital.

—Peor fue lo del doctor Hatmartin, que tomó cianuro. No quiso ver su hundimiento.

—Pensé que haría algo así cuando lo vi la última vez. No me entregaba su confesión, sino su testamento, y comprendí que buscaría la forma de acabar con su vida. Todo ha sido un sucio *affaire*, pero Murray Donaldson ha sido el más ladino, y antes de morir ha legado su fortuna para que se investigue el Interferon, como si quisiera pagar lo que había consumido.

—Con ese gesto, la opinión pública va a perdonarle.

—Sí, sólo falta que le hagan un monumento como promotor del Interferon... Anda, nos estamos mojando.

Subieron los peldaños de la escalera mientras el agua seguía cayendo por la inagotable catarata.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.

